

LEVITICO

Segunda Parte — Capítulos 8 al 15

Contenido

	<i>Págs.</i>
<i>CAPÍTULO 8</i>	<i>2</i>
<i>CAPÍTULO 9</i>	<i>4</i>
<i>CAPÍTULO 10</i>	<i>8</i>
<i>CAPÍTULO 11</i>	<i>13</i>
<i>CAPÍTULO 12</i>	<i>20</i>
<i>CAPÍTULO 13</i>	<i>25</i>
<i>CAPÍTULO 14</i>	<i>31</i>
<i>CAPÍTULO 15</i>	<i>43</i>

CAPÍTULO 8

Dios quería que todo su pueblo se interesara en el sacerdocio y que se le instruyera en lo que a él respecta; por eso le dice a Moisés: «Toma a Aarón y a sus hijos consigo, y reúne a toda la asamblea a la entrada de la tienda de reunión» (versículo 3). Aarón fue llamado por Dios al honor del sacerdocio (Hebreos 5:4); sus hijos lo recibieron como parientes suyos. Y «el Cristo tampoco se ha glorificado a sí mismo haciéndose sumo sacerdote». Aquel que le dijo: «Tú eres mi Hijo», también dijo: «Tú eres sacerdote». Él ha asumido el oficio sacerdotal por designación de Dios, y en Hebreos es el único que es llamado sacerdote. El Espíritu de Dios está llamando la atención en esa parte de la Escritura a CRISTO como el "misericordioso y fiel sumo sacerdote en las cosas relacionadas con Dios" (Hebreos 2:17), como el "Sumo Sacerdote de nuestra confesión" (3:1), como el "gran sumo sacerdote que traspasó los cielos" (4:14), como el "sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec" (5:6, etc.), como "sumo sacerdote de los bienes venideros" (9:11), y como "gran sacerdote sobre la casa de Dios" (10:21). Pero se deja claro que Él tiene una compañía santificada de hermanos que son "todos de uno" con Él (2:11), y es como siendo así que los santos son "una casa espiritual, un sacerdocio santo" (1 Pedro 2:5). Aunque su sacerdocio no se enseña formalmente en Hebreos, se implica en acercarse a Dios, en acercarse a Él, en tener valentía para entrar en el Lugar Santísimo y en ofrecer el sacrificio de alabanza (Hebreos 7:19, 25; Hebreos 10:19; Hebreos 13:15).

Hay quienes son parientes de Cristo. «Toma a Aarón y a sus hijos con él». No se ven aquí hijos de Adán, sino hijos de Aarón. Es decir, se ve a los santos no según lo que son por naturaleza, sino según lo que son espiritualmente como resultado de la obra de Dios. Confío en que sabemos lo que es haber sido atraído a Cristo. Vemos el poder de la atracción de Cristo en los Evangelios y cómo respondieron diferentes personas. Los dos discípulos que oyeron hablar a Juan, y Simón, y Felipe, y Natanael, y muchos otros. Cuando Cristo fue presentado, se sintieron atraídos; había en ellos algo que los hacía afines a Cristo; un imán sólo atrae lo que es afín a sí mismo. Los discípulos se sintieron atraídos a Cristo y se apegaron a Él; nada los induciría a abandonarlo. Al escucharlo y seguirlo, hacían la voluntad de Dios, y Él los reconoció como sus hermanos. Véase Mateo 12:46-50; Marcos 3:35; Lucas 8:21. Los tales están ligados a Cristo eternamente. Puedes encontrar defectos en los santos si los buscas, pero ellos aprecian a Cristo, y eso demuestra que son afines a Él.

"Aarón y sus hijos con él". Por la gracia infinita estamos unidos a Cristo, no sólo en el propósito de Dios —aunque eso subyace a todo— sino en el afecto, que es producto de la obra de Dios en nuestras almas. Creer en el Evangelio de Juan es creer en el afecto; el corazón ha encontrado un Objeto en el que puede descansar. Cuando eso es así, cada detalle relacionado con Cristo se vuelve del mayor interés para el corazón. ¡Cómo se deleita la novia en Cantares en hablar de cada rasgo

del Novio! Le encanta detenerse en cada detalle. Para un corazón así, el capítulo que tenemos ante nosotros tendría un profundo interés.

Se remite al lector a "Un bosquejo del libro de Éxodo" —capítulos 28 y 29— para comentarios sobre las vestiduras sacerdotales y las ofrendas de consagración. Los capítulos de Éxodo nos dan el mandamiento de Jehová en cuanto a lo que debía hacerse; Levítico 8 describe cómo Moisés, como el fiel en toda la casa de Dios, lo llevó a cabo. Todo lleva a Aarón y sus hijos guardando la ordenanza de Jehová a la entrada de la tienda de reunión, nutridos de la carne del carnero de la consagración y del pan de la consagración. Esto es típico de la asamblea como la compañía consagrada. La ofrenda de consagración se acerca tanto a ese aspecto de la muerte del Señor que está ante nosotros en Su cena como cualquier otra cosa en el Antiguo Testamento. Su cuerpo dedicado en amor a la voluntad de Dios y para la asamblea, para que cada pensamiento del placer divino pudiera surtir efecto y ser conocido en nuestros corazones como el fruto del amor infinito. El resultado sería que deberíamos "guardar la ordenanza" durante los siete días que son típicos de todo el período del servicio sacerdotal; se mantendría todo lo que se debe al Nombre del Señor. No es aquí el privilegio de entrar con Él para compartir la relación que Él tiene con Su Padre y Su Dios, ahora conocido como nuestro Padre y nuestro Dios, sino más bien el privilegio y la santa responsabilidad de mantener el cargo "a la entrada de la tienda de reunión". Es el mantenimiento en fidelidad aquí de lo que se le debe durante el tiempo de Su rechazo — tener parte con Él en fidelidad a Sus intereses aquí. Comemos la cena del Señor en el día del Señor en vista de la identificación completa con los intereses y el testimonio de Cristo todo el tiempo. A lo largo de la semana. Juan 13-17 contempla a Cristo yendo al Padre, pero dejando a los suyos aquí para "guardar el encargo", para tener parte con Él en ese testimonio que Él trajo aquí. El Padre dado para conocer, el amor de Cristo revelado, el Consolador dado, la intercesión de Cristo y los afectos y servicio mutuos de los santos, todo entra en relación con guardar el encargo. ¡Guardar el encargo es "hasta que Él venga"!

CAPÍTULO 9

El "octavo día" es el comienzo de un nuevo período, pero visto en relación con los siete días anteriores. Tiene en mente la aparición de Jehová y Su gloria (v.4, 6 y 23).

Todo lo que sucede durante este período actual tiene en mente "el mundo venidero", cuando la gloria de Dios se manifestará públicamente y "toda la casa de Israel" estará bajo la bendición sacerdotal. La respuesta a las ofrendas en este capítulo es la gracia que será traída al pueblo de Dios en la revelación de Jesucristo (1 Pedro 1:13). Toda la bendición de Dios está saliendo en su plenitud; Su gloria aparecerá públicamente; Su aceptación de la ofrenda de Cristo será públicamente conocida y deleitada.

La escena al final de este capítulo es, típicamente, la aparición pública en este mundo de la gloria de Jehová, y Su gracia y bendición como fundadas en, y como la respuesta adecuada a; la ofrenda por el pecado, el holocausto, la oblación y el ofrecimiento de paz. En los primeros capítulos de este libro hemos visto en tipo cómo Dios está ejercitando a Sus santos, individual y colectivamente, en el tiempo presente en la comprensión y apreciación de Cristo en estos variados caracteres. ¡Pero qué gozo saber que el valor de Cristo en todos estos diferentes aspectos se conocerá públicamente en este mundo, y tendrá su respuesta pública en bendición aquí, y en el resplandor de todo lo que Dios es en gracia suprema e infinita!

Es aquí donde Aarón aparece por primera vez como sacerdote oferente. De modo que lo que tenemos ante nosotros en este capítulo es a Cristo mismo como ofrenda, y el maravilloso resultado de su ofrenda en la manifestación de la gloria de Dios. De hecho, vemos aquí «los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vinieron después de estos» (1ª Pedro 1:11). La peculiaridad del momento presente reside en que anticipa espiritualmente, y a modo de testimonio, lo que se conocerá públicamente cuando Cristo aparezca. Para expresarlo de esta manera, los sacrificios se han ofrecido, y Moisés y Aarón han entrado, pero aún no han salido. El tiempo de la bendición pública de la casa de Israel, y de los hombres en general, aún no ha llegado. Cristo aún no ha salido, pero otra Persona divina, el Espíritu Santo, ha salido —aunque invisible y desconocido para los hombres— para capacitar a la compañía sacerdotal aquí para dar a conocer en forma de testimonio la gloria de Dios en gracia. El evangelio es la respuesta ahora al precioso valor del sacrificio de Cristo. Es la aparición en testimonio de todo lo que Dios es, tal como se da a conocer en gracia y bendición sobre la base de la muerte de Cristo. De modo que, si bien este capítulo analiza el tiempo en que los resultados de la muerte de Cristo se conocerán en bendición pública y universal, cuando Cristo como Rey y Sacerdote aparecerá de nuevo, también habla de lo que está aquí ahora como consecuencia de la venida del Espíritu. En la actualidad, el evangelio es el fruto y la respuesta a la ofrenda de Cristo; la gloria de Dios en gracia aparece en esto.

Aarón ofrece por sí mismo y por el pueblo (versículo 7). Eso indica típicamente que Cristo está con Dios ahora, no sólo sobre la base de Su título personal, sino sobre la base de Su muerte. En virtud de su título personal, Él podría estar allí solo, pero nosotros no podríamos estar con Él. Pero Él está allí en virtud de que fue ofrecido una sola vez; murió para quitar el pecado mediante el sacrificio de Sí mismo y para establecer la voluntad de Dios; trajo todas sus infinitas perfecciones al lugar del pecado y la muerte. «Por su propia sangre», Él «entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo hallado eterna redención» (Hebreos 9:12). Es decir, tomó su lugar como Hombre con Dios en la misma base que está disponible para todo Su pueblo. Si Él está con Dios por haberse ofrecido a Sí mismo, es la misma base sobre la que nosotros podemos estar con Dios. Si Él solo hubiera entrado en su perfección personal, cada uno de nosotros tendría que decir: «No puedo estar con Él». Pero si Él está allí como habiendo sido ofrecido, digo: "¡Bendito sea Dios! En esa base yo también puedo estar allí". Él ama, como el verdadero Aarón, estar con Dios en una base que también está disponible "para el pueblo".

En este capítulo, Aarón presenta todas las ofrendas y luego bendice al pueblo. Esa fue la actitud de Cristo cuando resucitó de entre los muertos. La obra sacrificial había terminado, y en la resurrección, "alzó Sus manos hacia el pueblo y los bendijo". Subió al cielo con las manos levantadas en señal de bendición (Lucas 24:50-51). El resultado de la ofrenda y el sacrificio es una bendición ampliamente extendida. Vemos eso en el Salmo 22, donde primero, "Mis hermanos... la congregación" —la asamblea como respuesta a los hijos de Aarón—; luego, "la gran congregación" —refiriéndose a "toda la casa de Israel"—; y finalmente, "todos los confines de la tierra".

Es muy interesante ver cómo aparecen en este capítulo "los hijos de Aarón" presentando la sangre a Aarón y entregándole el holocausto. Simpatizan con todo lo que hace y, podríamos decir, cooperan con él. Esto sugiere que la asamblea es un grupo que comprende la necesidad de que Cristo se ofrezca a sí mismo, y que es consciente de su ofrenda y de su fruto. Antes del momento en que el resultado público de esa ofrenda llene al mundo de bendición en la "manifestación de la gloria de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo" (Tito 2:13), la asamblea está de acuerdo con Cristo en cuanto a su obra de ofrenda y a todo lo que resultará de ella para la bendición de Israel y de todos los confines de la tierra. Esto hace que la compañía sacerdotal sea evangélica hoy, al estar en armonía con el verdadero Aarón. La gloria de Dios en gracia se manifiesta ahora en el testimonio de las buenas nuevas, y la compañía sacerdotal está de acuerdo con ella. La ofrenda de Cristo ha asegurado que la gloria de Dios pueda brillar en gracia, y que el hombre pueda ser bendecido de una manera proporcional a esa gloria. Es maravilloso predicar el evangelio, pues es una manifestación de la gloria de Dios en gracia. Muchos predicadores debilitan su testimonio al centrarse casi exclusivamente en el beneficio del hombre. El verdadero testimonio evangélico es "¡He aquí a vuestro Dios!" (Isaías 35:4; Isaías 40:9). El verdadero evangelista sirve con espíritu sacerdotal (véase Romanos 15:16); piensa en Dios. Si hubiera más

fidelidad en el cumplimiento del encargo (Levítico 8:35), habría una exposición más poderosa y espiritual del evangelio. Habría más concordancia con Cristo en cuanto al testimonio de la gracia. ¿Cuál es la actitud actual de Cristo? Se establece en el versículo 22. La obra de la ofrenda ha terminado, y el verdadero Aarón tiene las manos levantadas en señal de bendición. Todos pueden ponerse bajo esas manos sacerdotales; todos pueden ser bendecidos según el deleite y la gloria de Dios, como se asegura mediante la ofrenda de Cristo en sus diversos aspectos.

Entonces Él ha entrado como Señor y Sacerdote. Este capítulo no dice nada de lo que Él hace en su interior. ¡Ese es el secreto de la asamblea identificado con Él en su interior! Pero otra Persona divina ha surgido para ser el poder del testimonio presente de la gracia. Véase 1 Pedro 1:12. La gloria de Dios en bendición resplandecerá en el mundo hasta los confines de la tierra; pero resplandece hoy en el testimonio de su gracia por el Espíritu Santo. Cristo es el verdadero Moisés en Romanos 5, el Mediador por medio del cual toda la bendición de Dios llega a los hombres; es el verdadero Aarón en Hebreos 9, el "sumo sacerdote de los bienes venideros"; cosas que ya han llegado espiritualmente. Muy pronto se manifestará en gloria y bendición.

"¡Esperamos tu venida, tu presencia aquí para bendecir!"

Será público y universalmente conocido entonces que Su ofrenda ha sido aceptada, y que sobre esta base la gloria de Dios puede aparecer y cubrir la tierra como las aguas cubren el mar. Pero mientras tanto, el Espíritu Santo ha descendido y posado sobre los hombres como lenguas de fuego repartidas para dar una voz poderosa en este mundo a la gloria de Dios en gracia. La bendición de Dios para los hombres hoy es conforme al valor de la Persona y la ofrenda de Cristo.

Estos preciosos tipos están llenos de instrucción, pero el cristianismo trasciende incluso lo que se describe tan maravillosamente aquí. Porque a la compañía consagrada hoy no sólo se le confía el santo "encargo" a la entrada de la tienda—su testimonio aquí de lo que pronto se exhibirá—, sino que tiene el privilegio de entrar incluso al Lugar Santísimo, para conocer en la mayor cercanía a Dios la bienaventuranza de Cristo como Su Recurso para que Su voluntad y gloria se cumplan en todo el universo moral.

CAPÍTULO 10

Este capítulo nos muestra el fracaso del sacerdocio en los dos hijos mayores de Aarón, pero también muestra, en "sus hijos que quedaron", cómo debía mantenerse el sacerdocio en un remanente. De modo que vemos aquí que responde a las condiciones actuales. Ha habido un grave fracaso público caracterizado por la introducción de elementos "extraños" que no pertenecen en absoluto al sistema divino. En ese sistema, como hemos visto en el tipo del tabernáculo, cada detalle debía ser "como Jehová había ordenado". Pero Nadab y Abiú "ofrecieron fuego extraño delante de Jehová, que Él no les había ordenado".

Es significativo que se haya dicho: "No saldréis de la puerta de la tienda de reunión durante siete días, hasta el día en que se cumplan los días de vuestra consagración; porque siete días estaréis consagrados" (8:33). Esto se relaciona con el cumplimiento del encargo. Todo lo que es de Dios, todo lo que habla de Cristo y del Espíritu, todo lo que es fruto de la gracia divina y de su obrar en los santos, está dentro del sistema divino. Debemos mantener la responsabilidad — confesar la suficiencia de lo interior— y asegurarnos de que no se introduzca ningún elemento extraño.

Parece evidente que Nadab y Abiú salieron de la casa para su fuego extraño, y este ha sido el secreto de todo el fracaso. Introducir elementos externos es ruinoso. Entiendo que Nadab significa «liberal». Representa el espíritu liberal popular que consideraría la restricción al mandamiento del Señor y a lo espiritual como algo estrecho de miras e intolerante. Abiú significa «Él es mi padre». Esto sugeriría una pretensión de tener una relación con Dios, como a menudo se encuentra ahora sin las condiciones morales esenciales para la relación. Hoy en día se habla mucho de la paternidad de Dios, pero se piensa muy poco en lo que le conviene.

El "fuego extraño" es lo que es del mundo o de la carne introducido al servicio de Dios, donde nada realmente tiene cabida sino lo que es del Espíritu de Dios. El "fuego extraño" sería una imitación humana de lo divino. Habría un gran peligro si un hombre no le dijera "Señor" a Jesús. Eso no significa simplemente usar la palabra "Señor", sino estar en la verdad y el espíritu de ella; es dejar de lado la voluntad e importancia del hombre en presencia de Su supremacía. Por otra parte, para ser divinamente preservado de lo "extraño", debe haber la confesión de "Jesucristo hecho carne". ¡Una Persona divina hecha hombre para ser el Principio de todo para Dios! Esto implica dejar de lado por completo al hombre según la carne. Estas son pruebas dadas por Dios (véase 1 Corintios 12:3; 1 Juan 4:1-3), y la acción del Espíritu o lo que es "extraño" se evidenciaría por la presencia o ausencia de estas confesiones.

La introducción del "fuego extraño" implica la muerte del sacerdocio. En la cristiandad, en general, el sacerdocio está muerto en un sentido moral. No podría

decir con precisión cuándo ocurrió esto históricamente, pero muy temprano en la historia de la iglesia se introdujeron elementos humanos; se trajeron cosas al servicio de Dios que no eran conforme a la institución divina, sino conforme a lo que agradaba a los hombres.

El acto de Nadab y Abiú, los dos hijos mayores de Aarón, es un tipo del fracaso público del sacerdocio encomendado a la responsabilidad del hombre. Creo que se puede discernir espiritualmente que en lo público el sacerdocio ha fallado y ha caído bajo el juicio del Señor. Pero a pesar de esto, Dios quería que la idea completa del sacerdocio fuera mantenida por los dos hijos menores. Eleazar significa "Dios es ayudador", y en él y su hermano vemos, típicamente, un remanente en quien el sacerdocio se mantiene con la ayuda de Dios.

El fracaso público naturalmente desalentaría y desanimaría, y llevaría a renunciar a los pensamientos divinos. Pero debemos asegurarnos de no descubrirnos la cabeza ni rasgarnos las vestiduras (versículo 6). Las "gorras altas" hablan de santa dignidad, las vestiduras de idoneidad moral para Dios y el aceite de la unción de poder y competencia en el Espíritu. La idea de un remanente en las Escrituras no es un cabo suelto de valor secundario, sino un fragmento del original; incluye todo lo que es realmente para Dios. Todos los santos constituyen el remanente hoy, aunque no todos puedan asumir o mantener el carácter sacerdotal que les corresponde según la voluntad de Dios. Los versículos 6 y 7 son un estímulo para mantener verdaderos ejercicios y condiciones sacerdotales a pesar del fracaso público. Es justo que "toda la casa de Israel" lamente lo sucedido, pero ni la santa dignidad ni la idoneidad moral del sacerdocio deben dejarse de lado; la unción permanece como poder.

Estos dos ejercicios nos quedan en un día de gravísimo fracaso público; por fuera lamentamos el colapso y el juicio; pero por dentro podemos y debemos mantener ante Dios todo lo que es sacerdotal. En cuanto a la posición pública, sólo podemos inclinarnos en confesión del fracaso, pero en relación con lo que es divino y espiritual, el santo servicio de Dios debe llevarse a cabo; no debe haber desánimo. Dice el versículo 7: "Para que no muráis". El sacerdocio puede morir por el ejercicio de la voluntad, como en Nadab y Abiú, o puede morir al ser abandonado por debilidad. Naturalmente, podríamos estar tan afectados por el fracaso público que nosotros mismos renunciáramos a nuestras condiciones sacerdotales. La tendencia podría ser decir: "Ya pasó todo; las cosas están en tal estado que no sirve de nada intentar mantener algo"; y todo lo sacerdotal para Dios podría abandonarse. Pero Dios quiere que tú, yo y todos los santos mantengamos las condiciones sacerdotales. Se nos encuentra espiritualmente superiores al efecto natural de las cosas, y por lo tanto, verdaderos vencedores. El desánimo lleva a descubrirse la cabeza y rasgar las vestiduras. "Lamentar el ardor" es un ejercicio correcto para el pueblo de Dios, pero al mismo tiempo, la dignidad y el estado sacerdotal, y las santas funciones del sacerdocio, deben preservarse, no renunciarse. 2ª Timoteo fue escrito por Pablo después de que el fracaso público se manifestara plenamente para animar a Timoteo y a los nuestros. Los seres

humanos deben mantener las cosas espiritualmente para Dios. La ayuda de Dios permanece y está disponible para nosotros.

"Para que no venga la ira sobre toda la asamblea" (versículo 6). Sería terrible que cesara el servicio sacerdotal. Pero si unos pocos santos mantienen las condiciones sacerdotales y se les encuentra presentando continuamente la preciosidad de Cristo ante Dios y orando por todos los santos y todos los hombres, las cosas se mantienen para el bien de "toda la asamblea".

Luego vienen dos estatutos eternos de importancia permanente: "No beberás vino ni sidra, tú y tus hijos contigo, cuando entréis en la tienda de reunión, para que no muráis" (versículos 9-11). La primera tendencia ante el fracaso público es desanimarse. Por otro lado, puede haber un recurso a aquello que excita y estimula de forma natural. A menudo hay una sensación de debilidad espiritual y un intento de compensarla con algún tipo de estímulo natural. Pero la introducción de tales cosas nubla el discernimiento espiritual y conduce al fracaso en la distinción "entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio". Y si no podemos distinguir, no podemos enseñar.

Esta sección, al entrar aquí, sugeriría que probablemente Nadab y Abiú pecaron bajo la influencia del vino o una bebida fuerte. La excitación religiosa, el efecto estimulante de la música, la elocuencia y otras influencias que actúan sobre las sensibilidades naturales, deben evitarse si queremos preservar las condiciones espirituales que son apropiadas para Dios. Tales cosas sólo hacen que las personas pierdan el discernimiento espiritual. ¿Crees que una persona que asistiera a "Agradables Tardes de Domingo" y conciertos sería capaz de distinguir entre el fuego extraño y el fuego divino? El sacerdocio es enteramente espiritual y tiene que ver con un orden espiritual de cosas. Sólo puede llevarse a cabo fuera de la esfera del desánimo y la euforia naturales. Hay muchas cosas que excitan la naturaleza que no violentarían la conciencia natural, ni siquiera la conciencia ignorante de un creyente. Tenemos que buscar la instrucción divina en cuanto a tales cosas y cuidarnos de ellas, si queremos mantenernos en condición santa y sacerdotal.

El otro "estatuto eterno" (versículo 15), se refiere a lo que permanece como una fuente positiva de satisfacción y fortaleza para el sacerdocio y la familia sacerdotal, a pesar de todos los fracasos que han venido. Quedan "hijos" para comer el alimento sacerdotal, y está "la ofrenda que les queda" para comer (versículo 12). "La ofrenda" es típica, como ya hemos visto, de toda la bienaventuranza y perfección de Cristo como se encuentra aquí en la santa Humanidad para el placer y la gloria de Dios. Si lo consideramos, descubriremos que no hubo allí desánimo por el fracaso del hombre, pues está escrito: «No desmayará ni se apresurará (ni se desanimará) hasta que establezca la justicia en la tierra; y las costas esperarán su ley» (Isaías 42:4). Tampoco hallaremos allí regocijo natural alguno; Él era un verdadero Nazareo para Dios. En la oblación todo fue sin levadura; no hubo ningún elemento corruptor ni inflador presente. Todo lo que Cristo fue aquí para el deleite de Dios queda como alimento

santísimo para el sacerdocio en un día de alejamiento y ruina. Debe comerse «junto al altar», lo que sugiere disposición para sufrir; pues el altar hablaría de un Cristo sufriente y de un espíritu de sacrificio en el sacerdocio como cercano a él; la humanidad en el poder y la gracia del Espíritu Santo, como se ve en Cristo, es el deleite de Dios, pero no es aceptable para los hombres. Aquí ocupa el lugar del sufrimiento y de reproche. La oblación debe comerse en "un lugar santo".

Entonces, "el pecho de la ofrenda mecida y la espaldilla de la ofrenda elevada comeréis en un lugar limpio, tú, tus hijos y tus hijas contigo" (versículo 14). Esta es la parte sacerdotal de las ofrendas de paz, y es compartida por toda la familia sacerdotal, tanto hijas como hijos. Las "hijas" representarían a aquellos que son espiritualmente más débiles que los "hijos"; la mujer es un vaso más frágil (1 Pedro 3:7). Pero esto no les impide alimentarse del amor de Cristo ni apropiarse de su gracia para fortalecer su andar. El "lugar santo", donde se come la oblación, tendría una referencia al santuario, pero el "lugar limpio" se referiría a la pureza de nuestras asociaciones, como en la comunión. Y los hogares de los santos serían un "lugar limpio" del cual se excluyen las influencias contaminantes del mundo. Personalmente, y en nuestros hogares, debemos mantenernos separados de todo lo idólatra e inmundo, para que haya un "lugar limpio" donde se pueda comer el pecho mecido y la espaldilla elevada.

Todo esto permanece como un "estatuto eterno" a pesar del colapso público del sacerdocio. Queda un remanente para mantener las cosas con la ayuda de Dios. La unción permanece; Cristo permanece en toda su perfección, como se establece en la oblación; la comunión también permanece con sus preciosas fuentes de satisfacción y fortaleza en el amor y el poder de Cristo. Al aprovechar estas cosas, el sacerdocio y todas las condiciones adecuadas para el servicio de Dios se mantendrán en el vigor de la vida. De modo que este capítulo, solemne y ejercitante como es, es realmente muy alentador al mostrar cómo se nos "dejan" recursos divinos en el día del fracaso, y que el servicio sacerdotal puede continuar para el placer de Dios. ¡Que seamos capaces de asumirlo, por la gracia de Dios, con fe y amor, y con todo el ejercicio espiritual que corresponde!

Pero hay otra lección importante antes de que termine esta sección del libro. El macho cabrío de la ofrenda por el pecado debería haber sido comido por "los hijos de Aarón que quedaban", pero en lugar de eso, ¡fue quemado! Este no es el primer fracaso público, como se ve en la profesión cristiana en general, sino que es el fracaso del remanente reservado y preservado. Esto tiene un significado serio para nosotros, ya que indica un fracaso que muy probablemente se encuentre en un remanente preservado. Creo que indica dónde fallamos con frecuencia.

Moisés "buscó diligentemente el macho cabrío de la ofrenda por el pecado". Le preocupaba mucho saber cómo se había tratado. "El pueblo" (9:15), "la asamblea" (10:17), ocupaban un lugar preponderante en el corazón de Moisés; él sabía lo que era llevar su iniquidad sobre su espíritu ante Jehová; un precioso ejemplo de Aquel que lo tomó todo sobre Sí mismo no sólo con afecto y solicitud sacerdotal, sino como la ofrenda por el pecado misma. Si simpatizamos con los pensamientos

de Cristo, comprenderemos la situación del pueblo de Dios y la necesidad que existe de la ofrenda por el pecado. Y no sólo tendremos una estimación divina de la partida y el fracaso, sino que comeremos la ofrenda por el pecado. Nos identificaremos con el pecado del pueblo en la gracia de Aquel que ha sido de la manera más verdadera y completa la ofrenda por el pecado por ellos. Este es un privilegio sacerdotal de carácter "santísimo". ¡Qué espiritualidad, qué cercanía a Cristo, qué libertad de la autoocupación y la auto consideración exige! ¡Ay! ¿No debemos reconocer que somos muy parecidos a Aarón y sus hijos en este asunto? Fallamos en encontrarnos con la mente del Señor y en simpatizar con el corazón de Cristo en cuanto al estado y el pecado de la asamblea en general, y en cuanto a la gracia que haría en espíritu lo que Cristo hizo en realidad y sacrificialmente, es decir, hacer nuestro el pecado del pueblo. Creo que una consecuencia de no percibir el estado de la asamblea con sensibilidad sacerdotal, y en consonancia con el aspecto de la ofrenda por el pecado de la muerte de Cristo, es que debemos experimentarlo personalmente, junto con su dolor y sufrimiento, al conectar con él en aquellos con quienes nos relacionamos. A veces es como si el Señor dijera: «Si no sienten la falla de la asamblea con compasión, la sentirán y conocerán su dolor en sus propias relaciones».

Es más fácil quemar la ofrenda por el pecado que comerla. Puede haber una justa indignación contra el mal y un trato con él con espíritu judicial, lo cual fracasa por completo en este elemento sacerdotal que tanto honra a Dios y que pone al sacerdocio en tan íntima armonía con la muerte de Cristo. Podemos juzgar el mal y apartarnos de él, sin jamás hacerlo nuestro de manera sacerdotal. El mantenimiento de lo que se debe al Señor es de suma importancia. Las cosas malas deben tratarse conforme a la santidad que conviene a la casa de Dios. Pero ¿con qué espíritu debe ejercerse la disciplina, cualquiera que sea la forma en que se haga necesaria? Debe ejercerse con el espíritu de quienes han hecho suyo el pecado en confesión ante Dios. Podemos juzgar con una severidad y dureza legales que no concuerdan con una dispensación marcada preeminentemente por la gracia sacerdotal, y bajo la cual la restauración del ofensor es siempre el fin en vista. Pero comer la ofrenda por el pecado sería estimar el pecado según Dios y según la muerte de Cristo, que fue necesaria para quitarlo, pero hacerlo nuestro de tal manera que nuestros espíritus estén completamente libres de aspereza o dureza, sino que estén de acuerdo con la gracia en la que Cristo vino a ser la ofrenda por el pecado.

Aarón estaba bajo la presión de sus propios ejercicios y de la severa disciplina de Dios sobre sí mismo; no tenía suficiente tiempo libre para comer la ofrenda por el pecado. Tenía tantos problemas y penas que no estaba libre para dedicarse al ejercicio que todo el estado de Israel exigía. ¿No nos sucede a menudo lo mismo? «Me han sucedido estas cosas». Aarón no se excusó; reconoció su debilidad e incapacidad, y cuando lo hizo, «Moisés lo oyó, y le pareció bien».

Es parte de la responsabilidad y el privilegio sacerdotal dedicarse a comer la ofrenda por el pecado por el pueblo de Dios, la asamblea. «Se la ha dado a vosotros

para que carguéis con la iniquidad de la asamblea, para hacer expiación por ellos delante de Jehová". Es mucho para el Señor poder mirar hacia abajo y ver incluso unos pocos corazones que sienten el pecado de la asamblea como debe sentirse, y de acuerdo con Su propia muerte por ese pecado. Pero Aarón aquí representa a aquellos que tienen un sentido de lo que debe ser y de lo que es apropiado para Dios, pero que tienen que confesar su incapacidad para aceptarlo. No hablaría por otros, pero personalmente creo que esto es lo más lejos que uno podría llegar. Si es así, es mejor reconocerlo. El Señor puede soportar la debilidad y el fracaso confesados; no puede soportar la pretensión. Es un hermoso toque de tierna gracia que cuando Moisés lo oyó, "fue bueno a sus ojos". El Señor a menudo tiene que estar satisfecho, si se puede decir así, con una medida de ejercicio y espiritualidad que no alcanza lo que Su corazón desea. Él quiere que seamos comprensivos con Él en cuanto a "la iniquidad de la asamblea", y que la llevemos en nuestros espíritus. Él busca esto. ¡Qué Él nos dé gracia para comer la ofrenda por el pecado! O, en todo caso, para reconocer cuán apropiado es que lo hagamos y para confesar con humildad la poca capacidad espiritual que tenemos para esta función del santo sacerdocio.

Resulta sorprendente y sugestivo que esta sección tan completa del libro —que trata del sacerdocio en su institución original, en sus características normales, en su fracaso, en su continuidad mediante la ayuda de Dios en un remanente después del fracaso público— termine con la nota que se da en los versículos finales del capítulo. ¡Que su lección no se pase por alto ni se olvide!

CAPÍTULO 11

En este capítulo llegamos a lo que concierne a los "hijos de Israel" en general. Debían santificarse y ser santos porque Jehová era santo. "Yo soy Jehová, que os saqué de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios; seréis, pues, santos, porque Yo soy santo" (versículos 44, 45). ¿Valoramos el privilegio de tener a Dios...? ¿De poseerlo como nuestro Dios? La instrucción de este capítulo se da para que nada interfiera con esto. El pasaje correspondiente en Deuteronomio 14 comienza diciendo: "Sois hijos de Jehová vuestro Dios". Por lo tanto, debemos tener cuidado de no comer nada, en un sentido moral, que nos dé un carácter incompatible con el lugar y la relación que tenemos con Dios.

Si no somos prácticamente santos, no podemos disfrutar de lo que Dios es para su pueblo, ni responderemos a su voluntad. Las dos cosas van de la mano: "Yo seré para él Dios, y él será para mí hijo". Si tenemos a Dios como nuestra herencia y porción, es en vista de que Él tiene su porción en nosotros. Pero si nos alimentamos de lo inmundo, no podemos disfrutar de Dios, porque Él es santo; tampoco puede complacerse en nosotros.

Nuestra discriminación en cuanto a lo limpio y lo inmundo no debe ser según las normas humanas, sino según la santidad de Dios. Esta es una norma muy elevada, pero los hijos de Dios no desearían que esta fuera rebajada un ápice. Quisieran que se les enseñara a discernir entre lo limpio y lo inmundo, y a rechazar todo lo que no se ajuste a la santidad de Dios. Un estándar mundano de limpio e inmundo podría haber bastado para Egipto, pero el hecho de haber sido sacados de Egipto y estar ahora en relación con el santuario de Dios introduce un estándar divinamente elevado de santidad práctica.

Los sacerdotes debían "distinguir entre lo santo y lo profano, entre lo inmundo y lo limpio", y debían enseñar a los hijos de Israel (capítulo 10:10-11). Debemos santificarnos a la luz de la instrucción de este capítulo. Se aplica a todos los días de la semana y a todas las horas del día, porque hay diez mil cosas a nuestro alrededor, y en nuestra propia carne, que son inmundas, y debemos asegurarnos de no asimilarlas ni entrar en contacto moral con ellas.

Comer... tipifican la apropiación interna de ciertas características en nuestro ser moral. Se aplicaría especialmente a lo que leemos o a lo que damos lugar en nuestras mentes y pensamientos. La literatura del mundo contiene mucho que es inmundo; si lo asimilamos y tomamos carácter de ello, no podemos ser santificados para Dios. Comer es más serio que tocar porque la constitución interna se construye por lo que comemos. Pero tocar se vuelve inmundo, y Pablo aplica esta misma escritura cuando dice: "Por lo cual, Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, Y no toquéis lo que es inmundo, Y yo os recibiré; Y yo seré para vosotros por Padre, y vosotros seréis para mí por hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso" (2 Corintios 6:17-18).

Este capítulo es una guía divina sobre lo que es limpio e inmundo. El carácter de andar es la primera prueba de una criatura limpia, pero debe ir acompañado de una reflexión interior. "Todo animal que tiene pezuña y pies hendidos, y rumia, eso comeréis" (versículo 3). La pezuña hendida indica separación del mundo y sus principios; habla de un andar piadoso. Leemos acerca de "la verdad que es conforme a la piedad" (Tito 1:1); piedad viene a ser y se convierte en una prueba práctica para cualquier cosa que se nos presente como verdad.

Tenemos derecho a preguntarnos: ¿Le dará a Dios un lugar más importante en relación con la vida práctica y el andar de su pueblo? Si no, se puede dudar si es la verdad en absoluto. Pero entonces, un andar separado debe ir acompañado de una ocupación interna del corazón y la mente con lo que es de Dios. Esto es rumiar. Jeremías dijo: «No me senté en la reunión de los burladores, ni me regocijé; me senté solo a causa de tu mano»; esto correspondería a la pezuña hendida. Pero el versículo anterior dice: «Fueron halladas tus palabras, y yo las comí, y tus palabras fueron para mí el gozo y la alegría de mi corazón» (Jeremías 15:16-17). Esto sería rumiar. Pablo le dice a Timoteo: «Piensa en lo que digo, porque el Señor te dará entendimiento en todas las cosas», y habla en el mismo capítulo de apartarse de la iniquidad y de separarse de los vasos para deshonra (2 Timoteo 2:7, 19, 21). Esto nos presenta el mismo principio.

La meditación es lo más importante. «María guardaba todas estas cosas en su mente, meditándolas en su corazón» (Lucas 2:19). No obtenemos tanto beneficio espiritual escuchando y leyendo como meditando. Muchos leen su capítulo diario, pero obtienen poco de él porque no meditan. Pero, por otro lado, algunos son como el camello que «rumia, pero no tiene pezuña hendida». Representa a alguien ocupado con la verdad, pero no ejercitado para andar conforme a ella. Es posible asimilar las cosas divinas mentalmente —ocuparse con doctrinas y puntos— sin que la vida práctica se vea afectada por la separación. Tales son impuros.

Entonces, el cerdo tiene el andar correcto —«tiene pezuñas hendidas y patas completamente abiertas»— pero no hay asimilación interna de la mente ni de la gracia de Dios; «no rumia». Es como el fariseo, quien es meticuloso en su andar exterior, pero no tiene un pensamiento en común con Dios. El Señor los describió como quienes limpian el exterior del vaso y del plato, mientras que por dentro están llenos de rapiña e intemperancia; y, de nuevo, como «sepulcros blanqueados, que por fuera, a la vista, se muestran hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia» (Mateo 23:25-33).

Dios quiere que su pueblo se acostumbre a distinguir entre el bien y el mal. "Hombres adultos, que por el hábito tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal" (Hebreos 5:14). Dios nos ha dado la ejemplificación perfecta de todo lo que es limpio en la vida de Jesús, y de eso es de lo que debemos tomar carácter. Es un ejercicio diario, constante y a cada hora.

La primera sección (versículos 1-8) del capítulo se refiere a "todos los animales que están sobre la tierra". En la tierra se necesita un andar cuidadoso, un andar

que es el resultado del ejercicio y la deliberación, y de considerar cómo están las cosas en relación con Dios. Pero cabe señalar que no se dice que los animales inmundos de la tierra sean "una abominación", mientras que los que están en las aguas, las aves y los reptiles sí lo son. De esto podemos aprender que hay ciertas cosas de las que no debemos tomar carácter, ni siquiera tocarlas, que no tienen el carácter de "abominación" ante Dios. Puede haber algo meramente natural, que no sea resultado de la consideración en el temor de Dios, y que no lleve la marca de la piedad en el andar, que difícilmente podría considerarse una abominación. Aun así, es impuro porque no es el resultado del ejercicio hacia Dios. No debemos tomar carácter de ello. En lo que es una "abominación" creo que se encontrarán elementos de maldad positiva y activa. El rechazo a ella debe ser más pronunciado y definido.

La siguiente sección (versículos 9-12) se refiere a "todo lo que está en las aguas". "Las aguas" representan el mundo como un elemento circundante, a través del cual debemos pasar. Las criaturas limpias allí tienen "aletas y escamas". "Aletas" representaría la capacidad de tomar un curso definido sin estar a merced de las corrientes y mareas que siempre se mueven de un lado a otro en un mundo de anarquía. El bendito Señor pasó por todas las influencias aquí sin ser desviado en lo más mínimo de Su curso. "Yo hago siempre lo que le agrada" (Juan 8:29). "He guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor" (Juan 15:10). Seguir a Cristo da definición al curso, y también lo hace la guía del Espíritu. Los que caminan por el Espíritu no serán llevados por las corrientes de anarquía que nos rodean. Lot bajando a Sodoma es una ilustración de lo que es estar sin "aletas". Tenía "escamas" que mantenían alejada la corrupción de Sodoma, porque tenía un "alma justa", y se le llama "el justo Lot", pero sufrió mucho por la falta de "aletas". No había nada definitivamente para Dios en su proceder, aunque era un verdadero creyente.

"Escamas" protege de las influencias circundantes. La palabra se usa para referirse a la cota de malla de Goliat (1 Samuel 17:15). Estas sugieren el carácter protector de la naturaleza divina en los santos. Pedro habla de los santos llegando a ser "participantes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia" (2 Pedro 1:4). El Señor pudo decir: "Viene el príncipe de este mundo, y en mí nada tiene" (Juan 14:30). No había nada allí que el enemigo pudiera tocar en absoluto. Pero luego Juan dice también: "El que ha sido engendrado por Dios se guarda a sí mismo, y el maligno no le toca" (1 Juan 5:18). Se puede entender que el Señor dijera: "No soy del mundo". No había nada en Él en común con el mundo. Todo lo que hay en el mundo es "los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida" (1 Juan 2:16), pero en Él había amor divino que se entregaba a los demás, luz divina que derramaba sus santos rayos para iluminar los corazones de los hombres, y humildad divina que reprendía la vanagloria de la vida en el hombre. Pero ¡qué maravilloso que dijera de sus santos: "No son del mundo, como Yo no soy del mundo"! Todo lo que lo separó tan completamente del mundo es cierto también en la naturaleza divina de la que sus santos son participantes.

Nuestra estatura en la naturaleza divina se mide por nuestro conocimiento de Dios. "En el desierto Dios te enseñará: ¿Qué Dios has hallado?". Él nos sacó de Egipto, el lugar del recurso humano, para que pudiéramos aprender de Él y tenerlo como nuestro Recurso, y al hacerlo, somos formados en la naturaleza divina. Es a través del conocimiento de Dios que se nos dan las "mayores y preciosas promesas". Podríamos decir que Dios mismo se convierte en la gran Promesa, la Garantía de todo bien, y es mediante la apropiación de todo lo que Dios es de esta manera que "llegamos a ser partícipes de la naturaleza divina" (véase 2 Pedro 1:3, 4). Nos equipamos con "escamas" para mantener alejada "la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia". Todo lo que es del mundo moralmente no solo es inmundo, sino "una abominación".

No se mencionan aves limpias ni aquí ni en Deuteronomio 14. Esta última Escritura habla de «todas las aves limpias» y «todas las aves de corral limpias», pero no se especifican. La intención principal parece ser advertir contra lo inmundo y lo abominable. Parecería que las aves inmundas representan influencias espirituales del mal. El Señor habló de las aves como arrebatando la buena semilla y anidando en las ramas del árbol de mostaza (Mateo 13). Algunas de estas aves son voladoras, pero casi todas son destructivas y aves de rapiña. Representan a los altos críticos, infieles religiosos, maestros de todo tipo de falsa doctrina. Personas que niegan la caída del hombre y hablan de la Paternidad universal de Dios y la hermandad universal del hombre, que cuestionan de diversas maneras la inspiración de las Sagradas Escrituras, que dejan de lado la Deidad de nuestro Señor Jesucristo y el valor expiatorio de Sus sufrimientos y muerte, que dicen que el castigo de los perdidos no será eterno, etc. Algunas de ellas pasan por ser aves muy hermosas, pero son destructivas; son destructoras de almas.

El mundo está lleno de influencias espirituales destructivas, y todas esas influencias deben ser "una abominación" para nosotros. Un cristiano me habló de un maestro religioso que negaba la Deidad de Cristo, calificándolo de "hombre muy bueno". Le pregunté si podía llamar "bueno" a un hombre que le había robado a su Salvador. Tales hombres son malhechores, cualesquiera que sean sus pretensiones (véase 2 Juan 10, 11), y sus enseñanzas deben considerarse abominables. Se debe distinguir entre quienes son engañados y quienes son agentes activos del mal. Si alguien ha sido engañado por malas enseñanzas, sería justo sentir compasión por él y buscar su liberación de la trampa del diablo. Pero si las personas no juzgan estas malas influencias y se mantienen completamente apartadas de ellas, caen bajo su poder. Ninguna falsa caridad ni bondad equivocada debería llevarnos a considerar las malas enseñanzas como algo más que abominable.

Entonces, los seres alados que se arrastran son, en general, una abominación. Pero si tienen "piernas sobre sus pies para saltar sobre la tierra", pueden ser comidos. Estos representan a aquellos que son de un orden inferior, pero que tienen poder para "saltar". Puede que se parezcan bastante a otros seres que se

arrastran, pero cuando los miras particularmente ves algo muy diferente. Tienen un poder dado por Dios para dejar de arrastrarse y saltar. Sugiere cómo Dios ha dado a aquellos que naturalmente serían rastreadores un poder para saltar. Habla de una energía de vida por la cual el alma puede elevarse por encima de la tierra, y de todo lo que naturalmente la sostendría aquí. El hombre impotente en Hechos 3 obtuvo la capacidad por poder divino de saltar, caminar, saltar y alabar a Dios. Apareció en un carácter completamente nuevo en el poder de la salvación de Dios. Esa es una gran indicación de limpieza moral; podemos tomar con seguridad el carácter de ese tipo de cosas. "Esto comeréis".

Entonces, "todo lo que anda sobre patas, entre toda clase de bestias que andan sobre cuatro patas, aquellas son inmundos para vosotros" (versículo 27). Se caracterizan por un paso suave, pero un propósito destructivo. "Esos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es asombroso, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. No es extraño, pues, que también sus ministros se disfracen como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras" (2 Corintios 11:13-15). Judas habla de hombres que "se infiltraron sin darse cuenta"; entraron con paso astuto y suave, pero con malas intenciones.

Hay mucho sobre los animales que se arrastran en este capítulo, y sin duda hay muchas cosas que responden a esa descripción moralmente. Luego habla de "todo lo que anda sobre el vientre" (versículo 42). Aquellos cuyo Dios es su vientre y que piensan en las cosas terrenales (Filipenses 3) son animales que se arrastran. El apóstol nos advierte con lágrimas que no tomemos el carácter de tales, sino que seamos imitadores de él y de aquellos que tienen su ciudadanía en los cielos.

Los topos y los ratones de campo causan gran daño a los cultivos en crecimiento. Sugieren influencias que frenarían la prosperidad del pueblo de Dios visto como Su agricultura bajo la labranza divina. Hay muchas cosas que frenan la prosperidad y el crecimiento de los santos. Los topos trabajan bajo tierra y remueven la tierra alrededor de las raíces, y los ratones de campo mordisquean las entrañas de las plantas tiernas. Todos recordamos la advertencia sobre los zorros —los zorros pequeños— que echan a perder las uvas. Pero los topos y los ratones son igualmente peligrosos y más difíciles de atrapar, pues trabajan bajo tierra. Si no hay prosperidad y vigor espiritual, ¡conviene buscar a los topos y ratones!

Entonces, el lagarto en todas sus diferentes especies es impuro. El lagarto no es muy destructivo, que yo sepa, pero las diferentes características mencionadas llevarían a pensar en las diversas maneras en que los hombres se deleitan en llamar la atención. «El lagarto gemidor» podría representar a alguien que está morbosamente ocupado con su propia maldad, o sus pruebas, o que revela su importancia personal quejándose de lo mal que lo tratan los demás. «El gran lagarto rojo» daría la idea de una persona dada a auto exhibición. "El lagarto trepador" sugeriría el deseo de llegar a una posición elevada, amando "el lugar principal en las fiestas, y los primeros asientos en las sinagogas, y los saludos en

las plazas, y ser llamado por los hombres". ¡Rabí, Rabí! El camaleón cambia de color, como el hombre que es una cosa con los hermanos y otra muy distinta con la gente del mundo.

Estas diversas criaturas inmundas presentan rasgos morales que una vez nos caracterizaron a todos. Bien podría decirse: «Estos eran algunos de ustedes». Pero en el gran lienzo que Pedro vio, «en el que estaban todos los cuadrúpedos y reptiles de la tierra y las aves del cielo», todos fueron vistos como purificados por Dios. Habiendo entrado la purificación divina y purificados los corazones por la fe, el pueblo de Dios ya no se caracteriza por lo inmundo. Como pueblo santo, debemos asegurarnos de que, como pueblo santo, nos mantengamos vigilantes para mantenernos alejados de los rasgos morales que se manifiestan en estas criaturas inmundas.

Tocar los cadáveres de estas cosas nos vuelve «inmundos hasta la tarde». Hay un hermoso toque de gracia en eso, pues parece sugerir que toda contaminación de este tipo será tomada y limpiada del corazón. y la conciencia el mismo día en que se contrae. Hay el mismo principio en "No se ponga el sol sobre vuestro enojo" (Efesios 4:26). No debes llevar un sentimiento de enojo a otro día. Nuestro camino individual se compone de días, y Dios quiere que cada asunto de enojo o contaminación se resuelva antes del "atardecer". ¡Cuántas veces dejamos que la contaminación se aferre a nosotros durante días, semanas, meses, quizás a veces años! Pero el camino de Dios es tener la mancha moral eliminada al "atardecer" del día en que se contrajo. Es bueno que haya una autoevaluación en el ejercicio santo al final de cada día, y un juicio de cada toque de lo que es inmundo, es decir, cada contacto con lo que es de la carne. Al juzgarlo con Dios hay una limpieza moral de ello. Las cuentas de cada día deben saldarse al "atardecer", no trasladarse a otro día. Si las cosas se han arreglado con Dios, puedes recostar tu cabeza sobre la almohada sin engaño. Métete debajo de la higuera y pon todo al descubierto ante Dios, para que no haya nada reservado, y el Señor pueda entonces decir de ti: «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño» (Juan 1:47). A veces hay diferencias entre hermanos y hermanas que dejan una mancha de impureza en el espíritu. ¿No sería bueno resolverlas antes del «atardecer»? Cuanto más se deje que las cosas se prolonguen, más difícil será afrontarlas.

Hay otra cara de la moneda. Si uno ha tocado algo impuro, el efecto maligno no se puede eliminar de inmediato. Permanece «hasta el anochecer». Deja su huella durante todo el día. Habría sido algo grave para el israelita impuro, comer una ofrenda de paz ese día como si nada hubiera sucedido (capítulo 7:20-21). Esto sirve para enfatizar la necesidad de un cuidado celoso al tocar lo impuro. No me cabe duda de que se pierde mucho tiempo espiritual por no estar atentos a esto. Es decir, los creyentes pierden mucha felicidad con Dios que de otro modo podrían disfrutar.

«Toda vasija de madera... toda vasija con que se trabaja» (versículo 32) se contamina si una criatura impura cae sobre ella, y tiene que «meterse en agua, y quedará impura hasta la tarde; entonces quedará limpia».

Entiendo que tales vasijas representan a los creyentes como vasijas de servicio. Si algo impuro les sucede, tienen que someterse al poder de la Palabra, que ejerce sobre ellos la muerte de Cristo, y el resultado de esto es que al atardecer quedan limpios. Pero "toda vasija de barro en la que caiga alguno de ellos, todo lo que esté en ella será inmundo y la romperéis" (versículo 33). La "vasija de barro" representa lo que somos por naturaleza. Las influencias contaminantes se dan en nosotros debido a lo que somos por naturaleza, y todo aquello en nuestra naturaleza que nos deja expuestos a estas impurezas debe ser corregido mediante la disciplina, que en realidad es romper la vasija de barro. El resultado de romper la vasija de barro es que la "vasija con la que se trabaja" se vuelve más santa y útil. El creyente, como vasija de servicio, es ayudado por la disciplina que rompe la vasija de barro. La "vasija para honra, santificada, útil al Señor, preparada para toda buena obra" (2 Timoteo 2:21) es alguien que se ha mantenido en santa separación de todo lo que deshonra y contamina.

La provisión del versículo 36 es muy dulce. «Un manantial o un pozo, una cantidad de agua, será limpia». La única manera de mantenerse libre de contaminación en un mundo como este es estar en la energía del Espíritu. «Un manantial» sugiere la energía del Espíritu en el individuo, orientando los ejercicios y afectos del alma. «El agua que yo le daré se convertirá en él en una fuente de agua que salte para vida eterna» (Juan 4:14). «Un pozo» es una fuente de abastecimiento de la que los santos pueden beber; hablaría del ministerio de Cristo en el poder del Espíritu. Mientras que «una cantidad de agua» se realizaría en la asamblea, donde el Espíritu puede distribuir dones y hacer que las cosas fluyan con una plenitud que va más allá de lo individual.

El secreto de la inmunidad contra la contaminación reside en la presencia y la actividad viviente del Espíritu de Dios. Hay un poder vital y divino en el Espíritu que capacita a los santos para repeler y desechar toda influencia contaminante. Tomarán en las manos serpientes, y si beben algo mortífero, no les hará daño. Pablo se quitó de encima la víbora que se le prendió en la mano y no sintió daño. Esto supone tal energía de vida por el Espíritu que las cosas impuras no pueden afectarnos ni dejar rastro alguno de su influencia. «Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis» (Romanos 8:13). «Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne» (Gálatas 5:16).

CAPÍTULO 12

Este capítulo transmite la idea de un ejercicio más prolongado que cualquier otro que se haya visto antes en el libro. El ejercicio relacionado con la ofrenda por el pecado y la ofrenda por la culpa se llevaba a cabo el día en que el pecado o la transgresión caía sobre la conciencia del ofensor. La inmundicia ocasionada por tocar lo que contaminaba terminaba al "atardecer". Pero aquí hay siete o catorce días de inmundicia, y un período prolongado de purificación después. Esto indica que tenemos ante nosotros una lección muy profunda y grave.

En el capítulo anterior hemos visto una variedad de animales inmundos de los cuales no se debía tomar carácter, y que no debían ser tocados si los hijos de Israel habían de ser un pueblo santo para Dios. Pero ahora se nos enseña que la mayor inmundicia venía con el nacimiento de un niño humano según la carne. Todo aumento del pueblo debía estar marcado por este ejercicio prolongado. Se enfatiza la inmundicia de la madre. La lección del capítulo es que la fuente es impura. Esto llega a la raíz misma de las cosas. "¿Quién puede limpiar a un hombre de lo impuro? ¡Nadie!" (Job 14:4). Y Bildad pregunta: "¿Cómo será limpio el que nace de mujer?" (Job 25:4). Dios quiere que reconozcamos el carácter moral que nos une al nacer en este mundo. Antes de que se realice un acto, se pronuncie una palabra o se conciba un pensamiento, se trae al mundo aquello que está marcado por el pecado. "He aquí, en iniquidad fui engendrado, y en pecado me concibió mi madre" (Salmo 51:5).

Toda madre en Israel tenía que asumir este ejercicio. Dios enseñaba a su pueblo, y nos sigue enseñando, que lo que nace de la carne es carne, y lo mejor de la carne es impuro. No hay crecimiento para el Israel de Dios sin reconocer esto. Ninguna lección es más necesaria hoy en día, incluso para aquellos que profesan ser el pueblo de Dios. Porque se cree ampliamente que el hombre sólo necesita un entorno adecuado, educación y buenas influencias morales, ¡y todo le irá bien! Pero si la fuente es impura, y lo que nace de la carne es carne, ¿cómo se remediará eso?

Nada se produce para Dios en este mundo sin este ejercicio. El doble período de una niña es sin duda un recordatorio de que «la mujer, habiendo sido engañada, estaba en transgresión» (1 Timoteo 2:14), pero también puede sugerir que cuando Cristo no está claramente a la vista, ni su muerte en su aspecto de circuncisión, los ejercicios relacionados con el aprendizaje del verdadero carácter de la carne son más prolongados. Pero, en cualquier caso, el ejercicio debe completarse en su totalidad. No hay manera de acortarlo.

Lo que se resalta en este capítulo es la inmundicia de la madre, no del niño. Es obvio que todo niño nacido en el curso natural sería inmundo; pero creo que el niño varón aquí tiene una referencia típica a Cristo. Este capítulo está directamente vinculado por el Espíritu de Dios con los incidentes registrados en Lucas 2, incidentes que están indeleblemente grabados en los afectos de los

santos. Y no puede haber duda de que la circuncisión al octavo día es una figura de la muerte de Cristo en la que la carne ha sido cortada ante la mirada de Dios. Es porque todo lo relacionado con el orden del hombre según la carne es inmundo que ha tenido que ser cortado en la muerte de Cristo. "La circuncisión de Cristo" (Colosenses 2:11) es Su muerte.

La inmaculada concepción de la virgen es refutada por el hecho de que ella cumplió los días de purificación y trajo una ofrenda por el pecado según este capítulo. Pero de su Hijo dijo el ángel Gabriel: «El Santo Ser que nacerá será llamado Hijo de Dios» (Lucas 1:35). Sólo de Él se puede decir con verdad y plenitud que era «santo para el Señor». El Niño fue engendrado en ella por el Espíritu Santo (Mateo 1:18, 20), y el cuerpo en el que vino fue preparado por Dios (Hebreos 10:5), completamente libre de cualquier mancha de pecado. Él era «el Santo de Dios» (Juan 6:69). Tres cosas se dicen de Él en palabras enseñadas por el Espíritu Santo: «El cual no hizo pecado» (1 Pedro 2:22), «El que no conoció pecado» (2 Corintios 5:21), «En Él no hay pecado» (1 Juan 3:5). No tengo duda de que es debido a que la humanidad sin pecado del Señor Jesús estaba a la vista del Espíritu de Dios que se habla de la inmundicia de la madre en Levítico 12 y no de la inmundicia del niño. Es "ella será inmunda... y el sacerdote hará expiación por ella; y será limpia".

Este capítulo es, en tipo, el de Israel teniendo que aprender su propia inmundicia, aunque en la sabiduría de los caminos de Dios y según Su promesa, ella dio a luz a Cristo, el Sin pecado. Y si Israel es inmundo, la humanidad es inmunda. Fue la venida de Cristo lo que manifestó toda la inmundicia que había allí. Planteó toda la cuestión del estado de Israel y la sacó a la luz, y se manifestó que ella era inmunda, incapaz de tocar lo santo o entrar en el santuario. La venida de Cristo aquí puso de manifiesto, como nada lo había hecho antes, que Su muerte era una necesidad. "En el mundo estaba, y el mundo fue creado por medio de Él, y el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron" (Juan 1:10-11). No podría haber mayor evidencia que esta de la inmundicia del hombre: el mundo no le conoció, e Israel, con la luz de las promesas, la ley y los pactos, ¡no le recibió! El testimonio pleno de la bondad divina, aliviando a los hombres de toda necesidad y presión, ¡tuvo su respuesta en el Calvario! Dios, revelándose en la perfección de la gracia y la verdad, sacó a la luz toda la enemistad profundamente arraigada del corazón humano. No hay lugar para el amor divino ni la santidad en el corazón inmundo del hombre.

"Y al octavo día se circuncidará la carne de su prepucio". Esta es una figura de la muerte de Cristo, en la que la carne es completamente extirpada para Dios (véase "Un Bosquejo del Génesis", capítulo 17). El "octavo día", que viene después de los "siete días" de inmundicia, sugiere cómo Dios ha tenido en cuenta la inmundicia de la carne y ha dispuesto "el despojo del cuerpo carnal, en la circuncisión de Cristo" (Colosenses 2:11). El octavo día se relaciona con los siete anteriores, pero tiene como objetivo traer a Dios aquello que está completamente separado de la inmundicia de la carne.

La muerte del Hijo de Dios sin pecado hizo de la resurrección una necesidad "por cuanto no era posible que fuese retenido por su poder". No podía ser abandonado en la muerte. La carne, con toda su inmundicia, fue extirpada en su muerte, pero el hecho mismo de que se hiciera en su muerte ha hecho inevitable la resurrección. El hombre, en la Persona de Jesús, vive separado de toda la inmundicia de la carne, la cual fue juzgada y eliminada vicariamente en Su muerte, y ahora Él está para siempre más allá de la muerte. La circuncisión de Su muerte, necesaria debido a lo que era la carne, requiere la resurrección debido a lo que Él era. Si pensamos en la inmundicia de la carne eliminada en Su muerte, por gracia, recordamos al mismo tiempo la pureza inmaculada en la que Él vive para Dios como el Resucitado. El octavo día abarca ambos tipos: nos da el aspecto de la circuncisión de la muerte de Cristo, pero también nos enseña que la muerte de Cristo implica resurrección. Implica que el hombre estará con Dios eternamente separado de la inmundicia, separado del pecado y de la muerte, en conformidad con todo lo que Dios es, y eso para Su placer.

Los "siete días" nos presentan la inmundicia de la humanidad como lo demuestra la venida de Cristo. El "octavo" día nos presenta, en tipo, el corte de la carne impura en la muerte de Cristo, y un lugar completamente nuevo para el hombre en la pureza eterna de la resurrección. Habla de algo para Dios, como vemos en tipo en Éxodo 22:30. "Siete días estará con su madre; en el octavo día me lo darás". El octavo día es el día de la purificación completa para el leproso (Levítico 14), para el que tiene flujo (Levítico 15) y para el nazareo contaminado (Números 6). A menudo se ha llamado la atención sobre el hecho de que el valor numérico de las letras del Nombre JESÚS es 888. Es la intensificación de todo lo que el número ocho representa en las Escrituras. Está en relación con los siete anteriores en dos sentidos. Siete puede ser visto —como en los siete días de inmundicia de la mujer— como la revelación perfecta del estado caído de la humanidad. Esto ha sido encontrado y cortado en la muerte de Jesús para la gloria de Dios, para que los hombres puedan ser bendecidos conforme al valor santo de Jesús, Jehová el Salvador. O los siete días pueden ser vistos como la manifestación completa de la perfección personal de Jesús en toda Su gloria moral y belleza como el Santo de Dios manifestado en vida y en muerte. Sólo podría haber una respuesta a eso: la resurrección. El hombre en la Persona de Jesús está ahora para siempre separado del pecado, y más allá de la muerte, para la satisfacción y deleite eternos de Dios, y la bendición de Dios para los hombres es conforme a lo que Él es. Todo para Dios se coloca así sobre la base de lo que Cristo es, y nada depende de lo que el hombre es según la carne.

Pero, aunque Dios ha alcanzado esto absolutamente en toda su plenitud y valor, de modo que nada se le puede añadir ni quitar, es una lección muy profunda y seria que el hombre debe aprender. De ahí vienen los treinta y tres o sesenta y seis días: un ejercicio prolongado del lado humano. Para nosotros, por supuesto, no se mide por días o semanas, sino por el ejercicio del alma. El período prolongado se menciona aquí como "los días de su purificación"; por lo tanto, se contrasta moralmente con los días de inmundicia.

Aprendemos la inmundicia de la carne por su total falta de aprecio por Cristo, por su rechazo absoluto de Él. Encuentro que mi carne no quiere a Cristo, prefiere toda vanidad de este mundo a Cristo; y si se la pone cara a cara con Él para ser probada esta lo odia a Él completamente. Esta es una lección muy escrutadora y humillante. Luego aprendemos que en Su muerte la carne inmunda fue cortada en santo juicio; Él llevó su justa condenación. Así, a la luz de Cristo y de Su muerte, uno aprende a juzgarse a sí mismo. Vemos que lo que somos por naturaleza y según la carne es moralmente corrupto; debe ser juzgado, rechazado y odiado, no gratificado. En este ejercicio, el alma está aprendiendo a estar moralmente separada de lo que es de la carne; está pasando por los días de purificación.

La última parte de Romanos 7 muestra un proceso de autodescubrimiento bajo la ley, pero el autodescubrimiento en presencia de Cristo es una lección aún más profunda; es un ejercicio intensificado. Pero está acompañado de un precioso y subyugante sentido de gracia, porque Aquel en cuya presencia toda mi inmundicia es expuesta es mi Salvador; Él murió por mí, y en Él se manifiestan los pensamientos de gracia infinita de Dios hacia mí. Si estoy completamente equivocado, Él es todo lo precioso y aceptable para Dios, y todo lo que Él es, es para mí.

Hay una diferencia entre ser crucificado con Cristo y ser circuncidado en Él. Ser crucificado con Él se refiere al lugar que ocupamos en el mundo: un lugar de reproche y desprecio. Pero la circuncisión es algo que el mundo no puede tener en cuenta en absoluto; es la muerte de Cristo tal como la conoce el corazón y el espíritu del creyente, y Dios la tiene en cuenta. El creyente que ha llegado a ella no tiene confianza en la carne; está moralmente libre de ella en su espíritu con Dios.

Si las almas no están en la luz de Cristo y de lo que se ha efectuado en Su muerte, sus ejercicios en relación con el autodescubrimiento serán prolongados e intensamente dolorosos. Esto se insinúa, tal vez, en el período mucho más largo de purificación de una niña. Hay algo obrado por Dios subjetivamente - la mujer tipificaría esto - pero Cristo no está clara y completamente a la vista del alma. Esto probablemente establece típicamente los ejercicios del remanente de Israel cuando Dios comienza a trabajar en ellos. Temerán a Dios y amarán Su ley, y seguirán la justicia, sin tener - al menos en las primeras etapas de su ejercicio - ninguna luz clara en cuanto a Cristo, o en cuanto a lo que está conectado con el octavo día. Su ejercicio profundo y prolongado aparece en muchos de los Salmos y en los Profetas - un sentido de pecado y una mirada ferviente a Dios por Su salvación, pero ninguna luz clara, todavía, con respecto a Cristo. Los ejercicios de los últimos días del remanente serán amargos y prolongados, pero aprenderán así que "toda carne es hierba". Serán humillados al considerar su historia individual y nacional: la ley quebrantada, las promesas despreciadas, la idolatría, el rechazo de su Mesías, la negativa de Aquel que habló desde el cielo. Pero llegará el momento en que verán que todo esto, que es la evidencia de su estado

en la carne, ha sido tratado y juzgado en la muerte de su Mesías. Él lo ha hecho todo suyo en gracia maravillosa para que ellos puedan ser liberados de ello y puedan bendecirse en Él (Salmo 72:17). Cuando sus ejercicios hayan llegado a un punto adecuado, la luz de Cristo y de su muerte irrumpirá en sus almas a través de la palabra profética, y aprenderán a tomar su lugar con Dios sobre la base de lo que Él es y de su muerte. Entonces se cumplirán los días de su purificación. Aprenderán a separarse de todo lo que son en su impureza natural y a estar con Dios en la base del Cordero del holocausto y la Tórtola de la ofrenda por el pecado.

Algo análogo a esto se encuentra a menudo en las almas de hoy. Tienen ejercicios que son fruto de la misericordia y de la obra divina en ellas. Anhelan a Dios y aprenden dolorosamente su impureza poco a poco, primero en un punto y luego en otro, y continúan durante años sin aclararse. Estos ejercicios prolongados son muy comunes bajo una enseñanza defectuosa, y donde las almas no tienen el ministerio de Cristo, o, en todo caso, no lo que podría llamarse un ministerio del "octavo día". No se limpian de su impureza, aunque la aprenden y aprenden a aborrecerse a sí mismos. No están en libertad con Dios ni realmente en la verdad y la bendición de Cristo.

Es importante ver que "el cumplimiento del tiempo" ha llegado (Gálatas 4:4). Es realmente el tiempo del Niño Varón y el "octavo día". Simeón recibió al santo Niño en sus brazos y bendijo a Dios (Lucas 2:28). Comprendió el sufrimiento que tendría que pasar la madre del Niño, y cómo el Niño sería "una señal de contradicción", y que "una espada traspasará tu propia alma, para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones". Todo esto estaba relacionado con la revelación de la impureza humana. Pero para Simeón, Él era la salvación de Dios, "preparado ante la faz de todos los pueblos; luz para revelación de las naciones y gloria de tu pueblo Israel". Todo estaba allí en Él para el placer de Dios y la bendición del hombre. Tenemos que aprender esto individualmente. Ninguno de nosotros puede tocar cosas santas ni entrar al santuario hasta que lo hayamos aprendido.

El cumplimiento del período de purificación se marca al traer "un cordero de un año para el holocausto, y un pichón o una tórtola para la ofrenda por el pecado". El alma toma su lugar conscientemente con Dios, aparte de la inmundicia de la carne, sobre la base de Cristo y de su muerte en carácter de holocausto y ofrenda por el pecado. Vale la pena hacer mucho ejercicio para alcanzar eso, para ver en alguna medida el maravilloso triunfo que se ha efectuado por la salvación de Dios por gracia. Tenemos que aprender la necesidad de separarnos de todo lo que éramos moralmente como de generación natural, pero la salvación de Dios nos ha transferido de la inmundicia de la naturaleza a la perfección y bienaventuranza de Cristo, y nos ha dado capacidad, por la renovación del Espíritu Santo, para tocar cosas santas y entrar al santuario. Podemos estar con Dios en santa libertad, apartados de la impureza de la naturaleza. ¿No es una

"gran salvación"? Cuidemos de no descuidarla, pues tanto el pueblo de Dios como los abiertamente impíos pueden descuidar la gran salvación.

Si verdaderamente adoptamos el ejercicio de Levítico 12, seremos preservados de la lepra, como se ve en los capítulos 13 y 14. Un hombre que se juzga a sí mismo a la luz de Cristo nunca se convertiría en leproso. La lepra es constitucional y proviene de lo impuro; pero si se juzga la fuente impura y ese juicio se mantiene espiritualmente, no habrá lepra. Si no se aprende la lección del capítulo 12 con Dios, puede haber un brote de la voluntad de la carne que exponga lo que realmente es la naturaleza caída, y puede llegar a ser, por un tiempo, una característica de alguien del pueblo de Dios.

La respuesta a cada ejercicio es Cristo. Israel lo descubrirá así, y nosotros también debemos aprenderlo. Cuanto más claramente estén nuestras almas en la luz de Cristo, más fácil y rápidamente aprenderemos nuestras lecciones. Todo lo que se produzca y que sea un verdadero aumento en el Israel de Dios estará acompañado de ejercicios como los que se indican aquí.

CAPÍTULO 13

Tenemos aquí algo mucho más serio que el pecado de inadvertencia, o la transgresión, de los capítulos 4 y 5. No se trata simplemente de que haya pecado en la carne, y nada bueno en ella, y que la mente de la carne sea enemistad contra Dios. Eso es cierto de la carne en cada uno de nosotros, y tiene que ser juzgada en secreto con Dios. Pero la lepra es la irrupción de la anarquía de la carne en hechos o palabras, de modo que se requiere el discernimiento sacerdotal y el juicio pronunciado de los santos. Incapacita a la persona para ocupar su tienda o participar de los privilegios de la congregación de Dios.

El hecho de que tal condición se nos presente en tipo con instrucciones tan detalladas muestra que es probable que se encuentre entre el pueblo de Dios. También muestra que Él quiere que sus sacerdotes sean hábiles para discernirla, fieles al tratarla y también capacitados para prestar todo el servicio necesario para la purificación cuando su misericordia haya traído sanidad. No cabe duda de que la instrucción de estos dos largos capítulos tiene una importante aplicación actual.

Toda injusticia es pecado, pero no siempre es lepra. La lepra es una llaga que delata la existencia de una mancha constitucional profunda, que se vuelve temporalmente característica de la persona afectada. Representa la manifestación declarada de la voluntad de la carne, de modo que, por el momento, el individuo se caracteriza por ella. Esto es algo terrible, pues la voluntad de la carne es impura y aborrecible para Dios. Es como el pecado de presunción del Salmo 19:13, del cual David oró para que lo apartaran. Alguien que realmente

se caracteriza por esto es inadecuado para la compañía del pueblo de Dios. «Habitará apartado; fuera del campamento será su morada» (versículo 46).

María habló contra Moisés; Giezi, en su codicia, echó a perder el testimonio de la gracia inmerecida a los gentiles; y Uzías se atrevió a ejercer el sacerdocio sin título divino. Los tres fueron heridos de lepra y son ejemplos de condiciones morales que, en el gobierno de Dios, resultan en lepra. Esto demuestra la importancia de juzgar un estado de alma corrupto y voluntarioso, pues si no se juzga en secreto, tarde o temprano se hará evidente en el cuerpo por palabra o por obra.

Estos capítulos (13 y 14) son una instrucción maravillosa sobre la gracia, pues si bien enfatizan la gravedad de la lepra, también insinúan muy claramente la posibilidad de que el leproso sea sanado y limpiado. La sanidad de un leproso es enteramente de Dios; no es obra del sacerdote sanarlo, aunque cuando es sanado, el sacerdote tiene mucho que ver con su limpieza. Cuando hay una actividad pronunciada de la voluntad de la carne, sólo Dios puede llevar a un hombre a juzgarla. Cuando entra el juicio propio, el leproso es sanado. Debe ser sanado antes de que se pueda hacer algo para su limpieza. Si el sacerdote salía del campamento y miraba al leproso y encontraba cuando fue sanado, supo que el poder de Dios había estado en operación. Cuando un hombre en cuya voluntad ha estado activa dice, como lo hizo Isaías: "¡Ay de mí! que soy muerto; pues siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos", la lepra es sanada. En ese capítulo (Isaías 6) vemos cómo por el toque del carbón incandescente del altar su iniquidad fue quitada y su pecado expiado. Sus labios fueron limpiados de modo que habló de la gloria de Cristo. "Estas cosas dijo Isaías, porque vio su gloria, y habló de él". Véase Isaías 6:1-7 y Juan 12:41. ¡Cuán maravillosa es la gracia de esto! Cuanto más profunda sea la lección de autoconocimiento y auto juicio, más profundo será el sentido de la gracia. Tenemos que tratar con el Dios de toda gracia.

Puede haber llagas que parecen lepra, pero que en realidad no lo son, y por lo tanto, el discernimiento y el cuidado sacerdotal se vuelven sumamente importantes. En casos dudosos, no se debe hacer nada apresuradamente. Hay ciertos síntomas que deben observarse cuidadosamente. El cabello en la llaga que se ha vuelto blanco es una indicación seria. Sugiere señales claras de decadencia y deterioro espiritual. El descuido de la lectura privada de las Escrituras y de la oración no puede ser visto por otros, pero cuando las personas pierden su interés en las reuniones y en el pueblo de Dios, y comienzan a criticar y a involucrarse en intereses y asociaciones mundanas, estas son señales obvias y sospechosas. Vistas junto con otras cosas, sirven para guiar al sacerdote en su juicio. Entonces, "la llaga parece más profunda que la piel de su carne". Esto resuelve la cuestión: «es la llaga de la lepra». No se trata simplemente de una dolencia de carácter ni de una manifestación de irritabilidad, sino de una obra firme y decidida de la voluntad de la carne. La mente y el espíritu del hombre se

caracterizan realmente por lo que desagrada a Dios; la «llaga» es «más profunda que la piel». A tal persona sólo se le puede declarar «inmunda». Por el momento, no es apta para disfrutar del privilegio del santuario ni de la comunión a la que están llamados los santos.

Hay un caso más dudoso en los versículos 4-6, y requiere paciencia para discernir su verdadera naturaleza. El hombre con la «llaga» debe ser encerrado durante siete días, y posiblemente otros siete, antes de que se pueda determinar si es lepra o no. En tal caso, no se le declara definitivamente «inmundo», sino que se le «encierra». Hay suficientes elementos en su caso como para requerir considerable ejercicio y esperar en Dios, y la restricción de su libertad, hasta que se pueda determinar la verdadera naturaleza de lo que está obrando. El encierro se da realmente en la paciencia de la gracia; se debe a que el sacerdote ha notado ciertas indicaciones favorables (versículo 4), y tiene la esperanza de que no surja la necesidad de declarar al hombre inmundo. Pero el caso es lo suficientemente grave como para exigir atención, y el hombre no puede considerarse libre de cuestionamientos, ni como alguien que pueda entrar y salir libremente por tener la confianza de sus hermanos.

Si al final de los primeros siete días «la llaga permanece como estaba, la llaga no se ha extendido en la piel», es otra indicación favorable, y da más esperanza de que no se trata de lepra. Y es encerrado «siete días por segunda vez». Si las cosas permanecen como están y no aumentan, es, hasta ahora, favorable.

Cuando algún mal se extiende, es una mala señal. Esto demuestra que hay una energía activa al respecto. Una raíz de amargura que brota puede perturbar a los santos, y muchos ser contaminados por ella. Pero si la voluntad no es persistentemente activa —si no es realmente lepra— bajo la acción normal de la gracia, las llagas "palidecen"; se apagan y la virulencia desaparece. Un mal sentimiento entre santos, o de parte de uno hacia otros, es una "llaga", pero siempre hay una acción secreta y persistente de la gracia que tiende a sanar tales cosas. Todo ministerio, las actividades espirituales mutuas entre los santos y el cuidado pastoral tienden a la sanación.

Puedes sentirte muy enojado con un hermano o hermana, pero a medida que pasan los días, la gracia comienza a afirmar su poder en tu alma, y el resultado es que te sientes inclinado a ser un poco más indulgente de lo que fuiste al principio. Entonces se te ocurre que tal vez tú mismo no fuiste tan sabio y amable como podrías haber sido. Ahora bien, si estos ejercicios se están produciendo en tu alma bajo la influencia de la gracia, puedes estar seguro de que el mismo proceso está ocurriendo en tu hermano o hermana. ¡La "llaga" se está volviendo "pálida"! Siempre sucede así con el pueblo de Dios si juzgan la actividad de su propia voluntad. Y al ver esto, es la feliz indicación de que la "llaga" no es lepra.

Bajo la gracia siempre hay un trabajo hacia la sanación. De modo que si una llaga se extiende y se vuelve más virulenta, es muy grave. Indica que, por el momento, la voluntad de la carne es más evidente que el poder de la gracia divina

en el alma. Si las llagas no se vuelven "pálidas", y si se extienden, indica alguna obra positiva de la voluntad de la carne.

Puede haber mucho que resulte difícil de sobrellevar en un hermano o una hermana, pero no debemos apresurarnos a calificarlo de lepra. Quizás, si nos acercáramos a ellos espiritualmente, descubriríamos que esas cosas les resultan más penosas a ellos mismos que a nosotros. Su conciencia es sensible al respecto y su corazón se aflige por ello. En tal caso, puede haber mucho ante lo cual el alma deba humillarse, pero no se trata de lepra. El sacerdote sabe distinguir entre las debilidades de trato y los hábitos al hablar que pueden suponer una prueba —pero que no van «más allá de la piel»— y aquellas manifestaciones que indican una acción positiva y activa de la voluntad.

En los versículos 9-11 tenemos un caso más definido: "He aquí, hay una hinchazón blanca en la piel, y ha vuelto blanco el pelo, y hay un rastro de carne viva en la hinchazón: es una lepra antigua en la piel de su carne". En este caso, las cosas son tan manifiestas que no hay necesidad de demorar en pronunciarse al respecto. Hay una evidencia clara. «Es una lepra antigua». Ha habido algo allí sin juzgar, tal vez durante años, pero ahora ha salido a la luz. Si las cosas se hacen en secreto, tal vez se permite que obre en la mente sin juzgarlas, llega un momento en que, en los caminos gubernamentales de Dios, quedan expuestas. A menudo hay una larga historia secreta detrás de un brote abierto de lepra.

Lo que se ve en los versículos 12 y 13 contrasta marcadamente con «una lepra antigua» que ha estado trabajando en secreto durante mucho tiempo. Aquí la lepra cubre «toda la piel del que tiene la llaga, desde la cabeza hasta el pie, hasta donde miren los ojos del sacerdote». En este caso, todo está expuesto. Habla de una confesión plena. El sacerdote lo declara limpio, y añade enfáticamente: «está limpio». No hay engaño en tal hombre; la verdad reside en su interior. No hay la más mínima pretensión de ser distinto de lo que es; ni un solo punto «dondequiera que miren los ojos del sacerdote» donde haya hipocresía o disimulación. Es leproso, pero, en tipo, es recto con Dios y con sus hermanos al respecto. «Está limpio».

Pero en tal persona puede volver a aparecer la «carne viva», y el día en que esto aparezca, «quedará inmundo». Existe la triste posibilidad, incluso después de un reconocimiento recto y abierto de lo que ha obrado en su carne, de que vuelva a haber actividad de esa carne. ¡Cuán humillante es pensar en esto! ¡Cuánta vigilancia y oración requiere! Necesitamos estar en absoluta dependencia de Dios en todo momento, "guardados por el poder de Dios mediante la fe" (1 Pedro 1:5). Para quienes hemos conocido por experiencia cómo la "carne viva" puede manifestarse, quizás una y otra vez, es un consuelo ver que este párrafo no termina sin sugerir que la "carne viva" cambia de nuevo y se vuelve blanca, de modo que el hombre puede acudir al sacerdote y ser declarado limpio una vez más porque "está limpio". ¡Cuán maravillosa es la gracia y la misericordia de Dios que pueden traer restauración incluso en un caso como el que se tipifica aquí!

Entonces, "un furúnculo" (versículos 18-23) o "una inflamación ardiente" (versículos 24-28) son señales sospechosas y muy propensas a ser el punto de partida de la lepra. Creo que estas cosas se referirían a brotes de calor natural, irritabilidad y mal genio. Probablemente, estas cosas nos suceden a la mayoría de nosotros en ocasiones, aunque algunos pueden ser especialmente propensos a ellas. No cabe duda de que tales cosas a menudo conducen a un malestar prolongado. Una inmensa cantidad de bendición y gozo se ve obstaculizada por los sentimientos personales que surgen en el pueblo de Dios. Tales cosas interfieren con la actividad del Espíritu y son una gran restricción para la libertad espiritual cuando los santos se reúnen. Debemos tener cuidado de que lo que comienza con una debilidad personal no termine en una actividad positiva y persistente de la voluntad de la carne.

Si surgen sentimientos negativos, hablar de ellos a otros sólo agrava la llaga. Es mejor tener "siete días" a solas con Dios. Eso frenaría el brote y la propagación de raíces de amargura. Es porque carecemos de la gracia de Dios que estas cosas surgen; si esa gracia actuara continuamente en nuestros espíritus, las haría a un lado; se desvanecerían como la niebla matutina ante el sol.

Llama la atención que sólo en relación con la lepra en la cabeza se declare al hombre "completamente inmundo". Creo que esto demuestra que la voluntad de la carne, manifestándose en pensamientos y enseñanzas, es la forma más grave de lepra. De todo maestro de doctrinas malignas se podría decir que «su llaga está en la cabeza». Si un hombre tiene pensamientos erróneos sobre Dios o Cristo, es «completamente impuro». Probablemente nunca hubo tanta lepra en la cabeza como hoy: la orgullosa voluntad de la carne se manifiesta en todo tipo de pensamientos y enseñanzas malvadas. Hay mucho que no es simplemente fruto de la debilidad o la ignorancia humana, sino que es de origen satánico y de carácter anticristiano, y que contiene todos los elementos de la apostasía.

Tener a Cristo como Cabeza, y derivar de Él, es la preservación divina.

De este tipo de lepra. No hay pensamientos puros ni santos aparte de Cristo y el Espíritu Santo. Un santo de hace 300 años tenía cierta idea de esto cuando dijo:

"Profanidad en mi cabeza,
defectos y oscuridad en mi pecho".

Pero también podía añadir:

"Solo tengo otra Cabeza, otro Corazón y Pecho".

"Cristo es mi única Cabeza,

"Mi único Corazón y Pecho".

"Mi doctrina, afinada por Cristo, quien no está muerto,
sino que vive en mí mientras descanso". (George Herbert)

Tener por su Espíritu la inteligencia y los afectos de Cristo nos preservaría de toda forma de lepra.

El leproso, con las vestiduras rasgadas y la cabeza descubierta, y con el grito de "¡Inmundo, inmundo!" en sus labios, tenía que "habitar apartado; fuera del campamento estará su morada". Tenía que reconocer su condición, reconocerla públicamente y aceptar que no era apto para la compañía del pueblo de Dios ni para disfrutar de sus santos privilegios. Al igual que el malvado de Corinto, se encontró apartado del pueblo de Dios, pero no olvidado por ellos. Seguiría siendo objeto de la solicitud y el cuidado sacerdotal. «Su tienda» sería siempre un recordatorio de que pertenecía a Israel, y a la luz de estos dos capítulos, siempre existiría el deseo de que fuera sanado y purificado, y devuelto a su tienda y a sus privilegios.

La parte final del capítulo se refiere a la lepra en una prenda, que representaría algo no exactamente personal, pero estrechamente identificado con la persona, como su ocupación, sus hábitos o sus asociaciones. En este caso, el hombre no es leproso, pero su prenda es sospechosa y debe ser «mostrada al sacerdote». Algunos llamamientos son impuros, y un creyente no podría permanecer en ellos con Dios. En tal caso, toda la vestidura se infecta y debe ser quemada en el fuego. La propagación de la llaga es una indicación importante, ya que estaba en la persona, y probaría que se trata de una "lepra corrosiva".

Si algo que hay motivos para sospechar que es malo aumenta y se hace más evidente, debe ser tratado con firmeza. La primera indicación puede no ser suficiente para decidir el asunto, pero tan pronto como se ve que se extiende, se conoce como "lepra corrosiva". Si la llaga no se ha extendido después de siete días, la vestidura se lava y se guarda otros siete días. La Palabra, que introduce el poder moral purificador de la muerte de Cristo, se aplica a las condiciones existentes, y se da espacio para que el efecto se manifieste. Si después del lavado la llaga no ha cambiado de aspecto, esto es suficiente para probar que es impura, incluso si no se ha extendido. No ha habido ningún efecto por la aplicación de la Palabra, y esto es grave. En este caso, se trata de una "llaga irritante"; quizás no tan virulenta como la "lepra corrosiva" de los versículos 51 y 52, pero decididamente "impura", y la prenda que la contiene debe ser quemada con fuego. Hay ciertos hábitos o asociaciones que dan indicios de que hay algo en ellos que no es de Dios, y cuando se les aplica la Palabra, y no se produce ningún cambio, se hace evidente que son impuros.

Pero si la llaga palidece después del lavado, es posible que no toda la prenda sea impura, sino sólo la parte donde está la llaga, que debe ser rasgada. A veces, no es toda una asociación la que es impura, sino sólo una parte de ella, en cuyo caso sólo debe eliminarse la parte impura. Pero si, después de hacer esto, la llaga vuelve a aparecer, es evidente que toda está infectada y debe quemarse. Pero si después de lavar la llaga desaparece, «se lavará una segunda vez, y quedará limpia». Hay ciertas condiciones que sólo necesitan la aplicación de la palabra de purificación para que sean moralmente adecuadas: en este caso no hay lepra.

Pero hay otras condiciones que son en sí mismas tan impuras que no hay remedio sino un juicio implacable y la eliminación de todo lo relacionado con ellas.

El pueblo de Dios debe purificarse de toda contaminación de la carne y del espíritu, y perfeccionar la santidad en su temor. Debe odiar la vestidura manchada por la carne y mantenerse sin mancha del mundo. Si se descubre que alguna ocupación, hábito o asociación obstaculiza la libertad con Dios, el disfrute de las cosas espirituales, la feliz comunión con los hermanos o el poder en el servicio debe sospecharse que tiene alguna "llaga de lepra", y debe someterse de inmediato al escrutinio y cuidado sacerdotal. No continúes con nada que no puedas conectar con Dios. Si no se puede hacer para Su gloria, es mejor arrancarlo o quemar toda la vestidura.

CAPÍTULO 14

Cabe señalar que el capítulo 13 se dirige a Moisés y Aarón; el capítulo 14:1-32, sólo a Moisés; luego, el capítulo 14:33-53, a Moisés y Aarón. Se requiere discernimiento sacerdotal en las secciones donde se dirige a Aarón, pero el capítulo 14:1-32 es la exposición de la intención de Jehová en cuanto a la purificación del leproso; es un maravilloso despliegue de la gracia de Jehová a través del mediador.

El leproso debe ser "sanado" antes de que el sacerdote pueda hacer algo. Cuando la voluntad está activa, solo Dios puede tratar con ella. Un proceder de obstinación persistente terminará desastrosamente si Dios no interviene en la soberanía de Su misericordia. Pablo entregó a Himeneo y Alejandro a Satanás para que, mediante la disciplina, se les enseñara a no blasfemar. En su caso, podemos ver un ejemplo de cómo Dios puede poner freno a la acción de la voluntad del hombre para el bien de Sus santos sin necesariamente sanar al leproso. En otro caso, "Al hombre herético, después de una y otra amonestación, acaba con él, sabiendo que el tal es pervertido y peca, y se condena a sí mismo" (Tito 3:10-11). Un hombre así es un leproso cuya "llaga está en su cabeza"; tiene que ser dejado con Dios después de ser amonestado dos veces. Luego hay casos en los que a los que se oponen se les debe corregir en mansedumbre, "por si quizá Dios les conceda en alguna ocasión que se arrepientan para reconocer la verdad, y que despierten del lazo del diablo, en que están atrapados para hacer su voluntad" (2ª Timoteo 2:25-26). Es misericordia soberana si un hombre que ha seguido un camino de voluntad propia despierta y se aparta de él para estar a la voluntad de Dios.

El Señor basa la purificación del leproso completamente en la soberanía en Lucas 4, pues dice: «Había muchos leprosos en Israel en tiempos del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue purificado, excepto Naamán el sirio». Parece que el leproso de Lucas 5 lo había entendido, pues dijo: «Señor, si quieres, puedes purificarme». Se sometió a la soberanía divina.

En el caso de un creyente obstinado, la defensa de Cristo podría ser respondida con una disciplina que lo llevara a la sumisión. Entonces Dios usaría la actitud de los hermanos hacia él como un ejercicio muy profundo. Se le hace evidente que el sacerdote lo ha declarado impuro y que su morada está fuera del campamento. Tiene que asumir todo el ejercicio de esto: rasgar sus vestiduras, descubrirse la cabeza y exclamar: "¡Inmundo, inmundo!". Tiene que reconocer su condición y comprender que no es apto para ser compañero del pueblo de Dios.

Pero todo esto tiene en mente la sanidad y la purificación. Este capítulo nos anima a buscar la sanidad de los leprosos. De hecho, es una evidencia muy clara de que Dios está con su pueblo cuando se produce la sanidad; uno de sus nombres es Jehová-Rophi (Jehová que te sana). Es un ejercicio serio si el estado del Israel de Dios es tal que Él no puede manifestar su poder sanador entre ellos. El servicio del Señor en Israel se caracterizó por la sanidad, la alimentación y la enseñanza; la sanidad debe venir primero, porque una persona no sanada no puede disfrutar del alimento espiritual ni recibir la enseñanza divina.

Para la purificación del leproso, el sacerdote manda que se tomen dos avecillas vivas y limpias, madera de cedro, escarlata e hisopo. Las "dos aves limpias y vivas", como tipo de Cristo, sugerirían lo que Él era al descender del cielo. Era característico de Él que descendiera del cielo no para hacer su propia voluntad, sino la voluntad de Aquel que lo envió (Juan 6:38). Él era de las cosas de arriba, y el principio fundamental de su ser moral era la obediencia. Dios presenta al leproso sanado, y a cada uno de nosotros, una nueva y celestial clase de Hombre en Cristo. Como se caracteriza por la actividad de su voluntad, el leproso ha manifestado que era "de las cosas de abajo" (véase la nota a Juan 8:23 en la Nueva Traducción), pero ahora debe aprender a Cristo como "de las cosas de arriba", el contraste perfecto con todo lo que ha estado activo en él. Su auto juicio debe ser conforme a una estimación formada a la luz de lo que era verdad en Cristo.

El "cedro, la grana y el hisopo" insinuarían, creo, cosas que tuvieron su antitipo en Cristo. Si el cedro habla de "la altivez del hombre", como en Isaías 2, y el escarlata de cualquier cosa que le diera distinción, y el hisopo de su bajeza, creo que estas cosas también pueden sugerir lo que Cristo fue en los días de su carne. Se dice de Él: "Su porte como el Líbano, excelente como los cedros" (Cantar de los Cantares 5:15). Dondequiera que lo miremos —en el hogar de Nazaret, en el templo a los doce años, en el agua bautismal del Jordán, en la tentación, con sus discípulos, con las multitudes, con sus adversarios— su porte tuvo en todo momento la excelencia del cedro.

Entonces, el "escarlata" es un color distintivo, como podemos ver en Génesis 38:28; Josué 2:18; 2 Samuel 1:24. "Un paño escarlata" sobre los platos, copas, tazones y copas de la libación y el pan continuo sobre la mesa (Números 4:8) parece hablar de la tintura que Dios impondrá sobre Israel cuando ocupen su puesto administrativo, sostenidos por Cristo para su complacencia, y se conviertan en vasos de libación, alegremente consagrados a Él. Así, la "escarlata"

expondría aquellos rasgos de Cristo que lo distinguían de todos los demás, al poseer la verdadera gloria del hombre en contraste con toda clase de vanagloria.

Entonces, el "hisopo" tipificaría la humildad con la que tomó la forma de un siervo, y siempre se le encontró entre los suyos, y en el mundo, como Aquel que servía. La humildad de la perfecta obediencia y sujeción a la voluntad de Dios siempre lo caracterizó.

El sacerdote debe ordenar que se lleven estas cosas para el leproso sanado. No es el leproso quien las trae; se llevan para él junto con las dos avecillas limpias y vivas. Él debe aprender en Cristo todo lo que es verdaderamente excelente y distintivo del hombre como teniendo honor de Dios, y la humildad en la que todo fue sostenido de modo que Él nunca buscó Su propia gloria o placer sino la gloria de Dios y el bien de los hombres. ¡Qué contraste es todo esto con aquello de lo que habla la lepra! ¡Qué lección de humildad significa todo esto para el leproso sanado! ¡Y sin embargo, qué bendita instrucción en Cristo!

Luego se debe matar un ave en una vasija de barro sobre agua corriente (o viva). Esto parecería sugerir la muerte de Cristo como aquello de lo cual se preserva el testimonio para aplicarlo al alma en el poder del Espíritu. El ave viva, la madera de cedro, la escarlata y el hisopo son sumergidos en la sangre del ave muerta, y el que ha de ser purificado es rociado siete veces por el sacerdote y declarado limpio. Cristo es visto aquí como el Viviente, pero como habiendo muerto a causa de ese estado que había caracterizado al leproso. Si todo lo que en Él era tan excelente y distintivo, tan moralmente adecuado para Dios, tuvo que ir a la muerte, da un sentido profundo del costo al cual la limpieza se hizo posible para el leproso. Si Cristo según la carne, con toda Su suprema excelencia moral, tuvo que ir a la muerte, ¿qué significa eso de la grandeza o gloria del hombre, o incluso de su humildad voluntaria? Se ve como vanidad, y como estar sujeto a la muerte, pero una muerte a la que Cristo vino en maravillosa gracia para la gloria de Dios y para hacer posible la limpieza de los hombres. ¡Qué poderosa influencia es esta para ejercer sobre el leproso sanado en siete aspersiones! Cristo ha estado en la muerte para acabar con el hombre según la carne, con todas las actividades de su voluntad sin ley, para que aquellos que creen en Él puedan ser caracterizados de ahí en adelante por las actividades vivas del Espíritu. Tanto el agua viva como el aceite en este capítulo son típicos del Espíritu Santo. "Agua viva" sugeriría un refrigerio interior que satisface la sed del alma y la acerca a la verdadera satisfacción. El "aceite" se referiría al Espíritu como el que nos da la capacidad de escuchar, servir y caminar con inteligencia y poder espirituales.

Luego, el ave viva liberada en campo abierto sugeriría que Cristo es conocido por haber regresado de la muerte a las asociaciones celestiales. Murió al pecado, lo abandonó y ahora vive para Dios. Es bueno comprender que Cristo vive para Dios, porque si vive para Dios es para que podamos considerarnos vivos para Dios en Cristo Jesús. Hay algo muy atractivo para un alma ejercitada en la idea de vivir para Dios; es decir, para el placer de Dios. Hay un Hombre bendito que lo hace absolutamente, pero vive para Dios para que también nosotros vivamos

para Dios en Él, ya no en la línea de lo que somos en la carne, sino en un nuevo orden de hombre: en Cristo Jesús.

Hasta este punto todo se ha hecho por el hombre que ha de ser purificado, pero ahora tiene que hacer algo por sí mismo. Tiene que lavar sus vestiduras, afeitarse todo el cabello y bañarse en agua. A la luz de Cristo como habiendo muerto al pecado y viviendo para Dios, el leproso sanado trae sus vestiduras - todas sus asociaciones externas y hábitos - bajo un proceso de limpieza moral. Tiene que revisarse a sí mismo y hacer que todo a su alrededor sea adecuado para el campamento. Aquel en quien ha habido una obra leprosa de la voluntad seguramente ha contaminado sus vestiduras. Todo en él ha sido afectado por su estado voluntario, y ahora que está sanado y se juzga a sí mismo tiene que ajustar y limpiar todo antes de poder reanudar la vida normal de un santo como viviendo para Dios. Este es un ejercicio que sólo se puede llevar a cabo con sentimientos de vergüenza, pero también hay una sensación alentadora de que los ejercicios de uno ahora están en la línea de la obediencia y la justicia, y no en la línea de la propia voluntad.

El leproso no es, típicamente, un hombre inconverso, sino un miembro del pueblo de Dios que ha caído en un estado de voluntad propia. Los ejercicios de tales, en vista de la recuperación, son más profundos y humillantes que los de un pecador convicto, porque el creyente ha conocido la gracia, ha valorado a Cristo y ha recibido el Espíritu. Y todo esto añade a la profundidad de su auto aborrecimiento cuando la misericordia le concede el arrepentimiento y sana su lepra.

Tal persona tiene que "afeitarse todo el cabello y bañarse en agua". Siente la necesidad de someter a juicio todo aquello en él que ha sido resultado de su estado impuro o se ha identificado con él. Debe retomar su lugar en el campamento como alguien que, mediante la afilada navaja del auto juicio, ha dejado de lado todo lo que ha sido afectado por su estado leproso o que le ha quitado carácter. Regresa a estar completamente en el terreno de Cristo, y en el Espíritu, no en la carne. Todo lo que era naturalmente había quedado bajo la mancha de la terrible enfermedad moral que había obrado en él, y ahora está dispuesto a rechazarlo todo y a estar en la línea de lo espiritual.

"Y después entrará en el campamento y permanecerá fuera de su tienda siete días". Ahora es moralmente apto para la congregación de Dios, pero le queda un ejercicio adicional antes de poder sentirse realmente cómodo en cuanto a sus afectos entre los santos. Muchos han conocido lo que es tener la conciencia tranquila sin estar aún en perfecta libertad de corazón. Esto se alcanza al octavo día, pero no sin pasar por otro ejercicio al séptimo día, que es más minucioso en cada detalle que el anterior. Ahora debe afeitarse «la cabeza, la barba, las cejas, todo su cabello se afeitará, lavará sus vestidos y bañará su cuerpo en agua, y quedará limpio».

¡Qué proceso de ejercicio tan completo y particular sugiere esto! Cada detalle de lo que había estado relacionado con su estado leproso se trata minuciosamente en una separación práctica implacable. No se trata simplemente de un auto juicio general, sino de un rechazo tajante y decidido en detalle de todo lo que ha surgido de ese estado de impureza en el que se ha visto envuelto. No pasemos esto a la ligera ni pensemos que se puede prescindir de ello. Los ejercicios que se tipifican aquí son esenciales para la limpieza donde ha habido una acción persistente de la propia voluntad.

"El octavo día" completa la limpieza, y todo está ahora "delante de Jehová, a la entrada de la tienda de reunión". El octavo día, como se recordará, es en otro sentido el día de la circuncisión, típicamente el día en que se ve la carne cortada en la muerte de Cristo. Aquí es el día en que el leproso sanado y limpio es restaurado a la plenitud de los privilegios de un israelita; esto corresponde a 2 Corintios 2:8. Ahora debe aprender a Cristo y al Espíritu de una manera muy bendita después de haberse aprendido a sí mismo de una manera muy humilde. Ahora debe ser alineado con sus hermanos en sus comprensiones y apreciaciones de Cristo. Pero en relación con todo esto, él es objeto del servicio sacerdotal. De hecho, la cantidad de cuidado y servicio que Dios pone a disposición del leproso sanado es una característica sorprendente de este capítulo. A medida que damos más lugar a la verdad de la asamblea, estoy persuadido de que el servicio sacerdotal se hará más evidente. Habrá más capacidad espiritual para discernir la lepra, pero también para hacer todo lo que sea necesario para la limpieza del leproso sanado. El leproso no puede limpiarse a sí mismo; no puede tomar posesión de sus privilegios espirituales sin ponerse bajo el servicio sacerdotal. A veces oímos de un hombre que ha sido travieso y voluntarioso que se declara sanado y limpiado, y se siente muy herido cuando sus hermanos no aceptan de inmediato su testimonio. Creo que Dios querría que tal persona reconociera que necesita el servicio sacerdotal y que depende del elemento sacerdotal en sus hermanos. Pero esto plantea un ejercicio muy real en cuanto a hasta qué punto somos competentes para prestar servicio sacerdotal. Requiere las condiciones establecidas en tipo en las vestiduras y la consagración del sacerdocio.

Lo primero que el sacerdote presenta es el cordero como ofrenda por la culpa. El sacerdote y el leproso sanado reconocen juntos que lo que ha entrado requería la muerte de Cristo para expiarlo. Ha habido una violación específica de algún mandamiento del Señor. La tendencia es ser demasiado general: admitir el fracaso general, pero no reconocer con franqueza lo que uno ha hecho mal. El servicio sacerdotal ayudaría en este sentido. Cuando realmente nos juzgamos a nosotros mismos, estamos dispuestos a llamar a las cosas por su nombre.

Es sorprendente ver que la ofrenda por la culpa y el log de aceite se presentan y se mecen juntos. El hombre es llevado a ver, como ante Dios, que ha transgredido, y lo que su transgresión significó para Cristo, quien la cargó con amor, pero creo que puede haber una sugerencia aquí de que también es llevado a ver lo que significó para el Espíritu Santo, quien fue contristado por ella. De hecho, "el log

de aceite" podría enseñarnos a reconocer que lo que responde a la lepra en un creyente se produce al ignorar al Espíritu de Dios. No debería satisfacer los deseos de la carne si anduviera en el Espíritu, y mucho menos debería mantenerlos en la voluntad.

Pero "el log de aceite" es más que un recordatorio de esto. Da a entender que el leproso sanado es, de ahora en adelante, un hombre espiritual. Lo que está ante Dios es la capacidad de Cristo para soportar el juicio de la transgresión, pero también que el que transgredió ahora debe tomar carácter de la presencia del Espíritu.

El sacerdote tiene inteligencia espiritual en cuanto a todo esto. Y también tiene ejercicios en afectos, sensibilidades y simpatías espirituales. La ofrenda por la culpa es suya; tiene que comerla. Hace suya la transgresión. Uno desearía andar de tal manera con sus hermanos que, si un hermano hubiera sido leproso y hubiera sido sanado, pudiera contar con que alguien hiciera esto por él.

Entonces, la oreja, la mano y el pie del hombre sanado deben llevar la sangre de la ofrenda por la culpa y el aceite. Lo que está primero ante Dios debe entonces dejar su marca en el hombre. La sangre lo reclama para la voluntad de Dios. Si el memorial de la ofrenda por la culpa está en su oreja, mano y pie, esos miembros ya no pueden someterse a la voluntad de la carne. Entonces, el Espíritu da carácter a su oído, acción y andar. Sus miembros deben considerarse muertos en cuanto a su propia voluntad, pero el Espíritu entra como vida para controlarlos para Dios. Debe caracterizarse por su oído, acción y andar espirituales. Esto sugiere, también, de una manera bendita, cómo el Señor pasó por esta escena completamente bajo el control del Espíritu. El sacerdote tiene un gran sentido del lugar que ocupa el Espíritu ante Dios; rocía el aceite siete veces ante Jehová. Esto indica cómo la perfección del placer divino sólo se logra en el poder del Espíritu.

"El resto del aceite que está en la mano del sacerdote lo pondrá sobre la cabeza del que ha de ser purificado". Tal es la maravillosa gracia de Dios que quien había sido leproso recibe algo que nunca antes había tenido como un israelita común. Recibe una unción que habla de inteligencia espiritual y dignidad como nunca antes la había tenido. Podemos ver algo así en los corintios y gálatas, quienes se habían apartado de lo que era del Espíritu de Dios, pero que obtuvieron a través de la sanidad divina y el servicio sacerdotal de Pablo más de lo que habían tenido antes. ¡Qué pensamiento nos da esto de la gracia!

Naturalmente, podríamos dudar de si alguien que ha manifestado la voluntad de la carne de tal manera que sea declarado inmundo volvería a ser lo que era antes. Pero este capítulo nos enseñaría la inmensidad de una misericordia y gracia que no sólo puede sanar y limpiar a un leproso, sino que puede darle más de lo que tenía antes. Muestra que siempre que pasamos por un verdadero ejercicio con Dios, por muy humillante que sea la ocasión, obtenemos ampliación y enriquecimiento espiritual. Algunos podrían inclinarse a decir que esto premia

el alejamiento y la voluntad propia. ¡Nada de eso! ¡Prioriza tener que ver con Dios! Si siguiéramos firmes con Dios, aprenderíamos las mismas lecciones de una manera más profunda y mejor, y nuestros ejercicios tendrían un carácter más sacerdotal de principio a fin. Uno tiene la seguridad de que el sacerdote que limpió al leproso aprendió todo lo que el leproso aprendió, y lo aprendió más profundamente debido a su mayor cercanía a Dios. Pablo obtuvo para su propia alma todo lo que transmitió a los corintios y gálatas, pero lo obtuvo de manera sacerdotal; es decir, mediante el ejercicio espiritual sin la experiencia de haber fallado él mismo de la misma manera.

La ofrenda por el pecado tiene un carácter más general; entra aquí con referencia a la inmundicia del hombre. Y también están la oblación y el holocausto. Todo el estado del hombre en la carne, con toda su inmundicia, ha sido juzgado y eliminado sacrificialmente en la muerte de Cristo como ofrenda por el pecado. Esto limpia el terreno. Entonces el holocausto es el olor grato de la muerte de Cristo como base para la introducción de todo lo que es para el placer divino. Y la oblación da la preciosidad de Cristo como Hombre en el poder del Espíritu Santo. Ese es el carácter del Hombre que eventualmente llenará todas las cosas para el placer de Dios. El hombre con aceite sobre su cabeza puede apreciar todo esto de una manera espiritual.

Lo que es sacerdotal siempre ayuda en la dirección del auto juicio, una comprensión y apreciación más verdadera y ampliada de Cristo, y un mejor conocimiento de lo que está conectado con el Espíritu. Uno queda impresionado por la prominencia que se da en este capítulo al servicio sacerdotal prestado hacia el leproso sanado. Primero hay discernimiento sobre su sanidad, y luego la capacidad de hacer todo lo necesario para su purificación y restitución en completa limpieza, libertad y dignidad en relación con la tienda de reunión.

En los versículos 21-32 encontramos una provisión misericordiosa para el pobre, cuyas manos no alcanzan para las ofrendas normales. Esto nos recuerda que Dios considera, y sus sacerdotes consideran, los recursos y la capacidad espiritual de quienes necesitan purificación. Lo que se prescribe regularmente puede no ser posible en todos los casos. En tales casos, un cordero y dos tórtolas reemplazan a los tres corderos en la ofrenda normal, y se acepta una décima parte de flor de harina mezclada con aceite para la oblación en lugar de tres décimas partes en la ofrenda normal. Las mismas aprensiones de Cristo deben estar presentes, con su correspondiente juicio propio, pero se acepta una medida menor cuando uno es pobre. Hay una consideración compasiva de los medios del interesado. La preciosa y tierna gracia revelada en esto es "buena para el corazón más débil".

La "plaga leprosa en una casa de la tierra de vuestra posesión" (versículo 34) se referiría a un carácter de asamblea de las cosas. Es algo que afecta la manera en que los santos se reúnen. Y esto no se ve como en condiciones desérticas, sino en relación con su disfrute conjunto de lo que está al otro lado del Jordán. El privilegio normal de la asamblea es disfrutar en condiciones de "casa" lo que está

más allá de la muerte y lo que es de carácter celestial. Si algo perturba las condiciones de la "casa" e interfiere con la comodidad y el descanso de los santos juntos, es fácil ver que el disfrute mutuo de la tierra de su posesión se verá suspendido. Si surgen raíces de amargura, envidias y celos, interfieren con la paz de la "casa". Empiezan a obrar principios que no son adecuados a la santidad divina ni acordes con la verdad de la casa de Dios.

Cuando tales cosas entran, lo primero es reconocer que Dios lo ha permitido. De hecho, dice: "Y puse una plaga de lepra", etc. Es un ejercicio que el Señor nos ha encomendado para sacar a la luz el verdadero estado de las cosas, enseñar a sus santos las lecciones necesarias y manifestar a quienes Él aprueba (1ª Corintios 11:19). Cuando surgen dificultades, tendemos a ocuparnos de hechos y personas, y a no prestar suficiente atención a lo que el Señor pueda decir al respecto. Pero antes que nada, deberíamos preguntarnos: ¿A qué nos llama la atención el Señor con este estado de cosas?

Encontramos aquí a una persona responsable: «aquel cuya casa es». «El ángel de la asamblea» en el Nuevo Testamento (Apocalipsis 2, 3) respondería a esto. Dudo que exista algo con carácter de asamblea sin un «ángel». El «ángel» es ese elemento que es consciente de su responsabilidad hacia el Señor y que emprende los ejercicios que surgen a la luz de esa responsabilidad. Todos deberíamos sentir que tenemos una responsabilidad con respecto a la «casa»; algo de carácter «angélico» debería estar en cada santo. Todos podemos ver defectos; eso no necesita visión espiritual. Pero sentir que la responsabilidad recae sobre uno ante el Señor con respecto a la casa y sus condiciones es otra cuestión. Si no hay un «ángel», difícilmente se esperaría encontrar al sacerdote allí. Porque un debido sentido de responsabilidad asumido en sobriedad con Dios sería esencial para que se dieran las condiciones sacerdotales. El elemento sacerdotal es aquel que considera a Dios y tiene discernimiento espiritual. "Aquel cuya casa es, vendrá y lo hará saber al sacerdote". El que siente responsabilidad pone en actividad lo que es sacerdotal. Tanto los hermanos como las hermanas que se preocupan por la "casa" se angustian si entra algo que no es de Dios; perciben la gravedad del asunto y claman a Dios al respecto. Fue de la casa de una hermana (Cloe) que Pablo se enteró del desorden en Corinto. ¡Sin duda había algo de carácter "angelical" en Cloe! Su nombre significa "Verdor tierno", lo que sugeriría que, al estar ella misma en frescura y vitalidad espiritual, ella y su casa eran sensibles a las desdichadas condiciones locales, y parece que se lo dijeron al "sacerdote" al comunicarse con Pablo. No sólo quienes aman al Señor sienten que su honor se ve afectado, sino que aman a los hermanos y desean que estos disfruten juntos de la tierra que poseen. La lepra en la casa impide el disfrute de la tierra, y si amamos a los santos, no podemos soportar que se les prive del gozo espiritual de su posesión. Cada uno de nosotros debe tener un interés real y serio en la "casa".

Luego, el sacerdote debe ordenar que se vacíe la casa antes de entrar. El principio parece ser que la inmundicia debe limitarse lo más posible. El sacerdote no se

preocupa por mantener impuro lo más posible, sino todo lo contrario. Anhela que todo lo que pueda preservarse de la contaminación sea preservado.

El sacerdote sabe cuál es el color correcto de la casa; conoce la santidad, la verdad, la gracia y el amor que caracterizan propiamente las condiciones de la «casa». Conoce la mansedumbre, la humildad y la paciencia con las que los santos pueden caminar juntos en reciprocidad y disfrutar de la tierra que poseen. De modo que, cuando entra en la casa y ve «depresiones verdosas o rojizas, cuyo aspecto es más profundo que la superficie de la pared», él sabe que se trata de algo muy distinto al color normal. Es algo propio de la carne, que obra ya sea en una vertiente carnal, legalista o mental. El sacerdote sabe que eso es contrario al verdadero carácter de la casa.

Ahora surge la pregunta de si está activa y cuán profundamente puede afectar las cosas. Es posible que sea el resultado de la debilidad o la ignorancia, y no exactamente de la voluntad. Donde la voluntad trabaja con energía, el cierre de la casa durante siete días lo hará más evidente. Pero si la gracia está en ascenso, ejercerá su influencia todo el tiempo para apartar, mediante un juicio propio justo, lo que es de la carne. De modo que, al final de los "siete días", las indicaciones sospechosas se detendrán o reducirán. A menudo se necesita paciencia para dar tiempo a la gracia del Señor para que haga su bendita obra.

Si los síntomas sospechosos se extienden, es una mala señal. Ver un principio maligno extenderse y afianzarse es motivo de gran preocupación para todo aquel que se preocupa por el bienestar de la casa. Esto demuestra que hay algo que debe rechazarse categóricamente como inadecuado para la casa. «Las piedras donde está la plaga» deben arrojarse a un lugar impuro. Entiendo que estas piedras representan principios que no son de Dios. Deben ser rechazadas rotundamente. Si las personas se identifican con tales principios y buscan integrarlos a la «casa», y lo mantienen a pesar de la instrucción y la admonición, sólo pueden considerarse, al menos temporalmente, identificados con los principios que defienden.

Si buscamos mantener condiciones adecuadas para la «casa», se nos pedirá que ejerzamos discernimiento sacerdotal en cuanto al carácter de las piedras que la componen. ¿Podemos aceptar que el orden humano y el gobierno clerical, o cualquier cosa que sea en principio sectaria, sean piedras adecuadas para la «casa»? ¿Podemos creer que es de Dios que la comunión cristiana continúe con alguien que enseña falsa doctrina sobre la Persona o la obra de nuestro Señor Jesucristo, o que cuestiona la inspiración de las Sagradas Escrituras? ¿Podemos admitir el principio de independencia en nuestras condiciones de "casa" si hemos aprendido que hay un sólo cuerpo y un sólo Espíritu, y un sólo orden divino y espiritual universal? ¿Puede la neutralidad agradar al Señor cuando surgen preguntas con referencia a lo que es vital? ¿Puede algo ser realmente adecuado a Dios sin condiciones morales y vitalidad espiritual? ¿Puede algo ser realmente puro si deja de lado cualquier parte de la verdad acerca de Cristo y la asamblea?

"Derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo" (2ª Corintios 10:5) eliminaría toda piedra leprosa y aseguraría condiciones de "casa" adecuadas para que los santos pudieran disfrutar juntos de la tierra de su posesión. Al rechazar las piedras leprosas, la idea es que rechazamos aquello que es contrario al verdadero carácter y la bendición de todos los santos. Si rechazamos un principio erróneo e impuro al que se adhieren algunos de nuestros hermanos, nuestro rechazo es en realidad un servicio bondadoso y verdadero hacia ellos. Al rechazarlo, actuamos en su nombre y para su bien. Porque lo que no es adecuado para las condiciones divinas de la "casa" no es adecuado para todos aquellos que por la gracia y el llamamiento divinos tienen derecho a participar en esas condiciones; es decir, todos los santos. Es por amor a todos los santos que se debe rechazar todo principio cuyo examen sacerdotal haya demostrado ser impuro. Tal acción probablemente será malinterpretada con mucha frecuencia, pero debemos contentarnos con dejar que esto se aclare en el día en que todas las cosas se manifiesten.

Si los verdaderos creyentes se identifican con principios que no son de Dios, no podemos corregirlos, pero podemos orar por ellos y por nosotros mismos para discernir con mayor claridad qué es adecuado para las condiciones de la "casa" y cuán indispensables son esas condiciones para el disfrute de la tierra que poseemos.

Después de sacar las piedras leprosas, se debe raspar la casa y esparcir el polvo en un lugar inmundo. La gravedad de haber estado asociado con lo inmundo debe sentirse en toda la casa; no se puede seguir como si nada hubiera sucedido. A veces, después de que se han planteado serios ejercicios de "casa", se dice: "Seguimos igual que antes". Pero esto no puede ser si el Señor ha estado llamando la atención sobre algo que debe ser eliminado. La limpieza de la casa pone de manifiesto la gravedad del asunto planteado y la necesidad de una purificación completa.

Pero las cosas no terminan ahí. "Y tomarán otras piedras, y las pondrán en lugar de aquellas piedras; y tomarán otra mezcla, y revocarán la casa". No se trata solamente de que los principios humanos y corruptores deben ser juzgados y rechazados, sino que debe haber una ganancia positiva al reemplazarlos por principios que sean conformes a la verdad y la santidad, y la apariencia misma de las cosas - el yeso de la casa - tiene que ser armonizada con eso. Si los santos descubren que han sido asociados con algún principio que no era de Dios y lo desechan, y lo reemplazan con lo que han aprendido a ser conforme a los mandamientos del Señor, también les resultará necesario renovar el yeso. La apariencia misma de las cosas en la casa —la forma de hacer las cosas y todo lo que se ve— adquirirá un carácter diferente.

Pero esta escritura sugiere que puede haber casos en los que ni siquiera la remoción de las piedras leprosas, la introducción de otras nuevas y el revocado de la casa, solucionarán la situación. «Y si la plaga vuelve... es una lepra

corrosiva en la casa; es inmunda». No hay remedio para tal estado de cosas. «Derribarán la casa, sus piedras, su madera y toda la mezcla de la casa, y los sacarán fuera de la ciudad a un lugar inmundo». En este caso, se hace evidente que las cosas no pueden ser corregidas ni ajustadas divinamente. Hay algo radicalmente erróneo en todo el principio de la casa. No es que se hayan incluido ciertas características que no son de Dios y que puedan ser tratadas bajo la dirección sacerdotal para que la "casa" se preserve en condiciones adecuadas. Pero en un caso como el que se tipifica aquí, todo el principio de asociación es contrario a la mente de Dios y debe ser rechazado por completo. No cabe duda de que existen casas de este tipo hoy en día. Casas que están leprosas porque todo el principio de su constitución lleva la impronta de la mente y la voluntad del hombre en lugar de la impronta de la mente y la voluntad de Dios.

Si la plaga no se extiende en la casa "después de que la casa haya sido enyesada, el sacerdote declarará la casa limpia; porque la plaga ha sanado". Habiendo sido rechazadas las piedras leprosas, colocadas nuevas y enyesada la casa, se descubre ahora, tras el examen sacerdotal, que la plaga ha sido detenida. Pero aún queda otro ejercicio por realizar después de que la plaga haya sanado y la casa haya sido declarada limpia. Todavía tiene que ser purificada de la contaminación (versículo 49), y esto mediante la introducción de aprehensiones y apreciaciones positivas de Cristo, como se establece en tipo en los versículos 49-53. Si estos no estuvieran presentes, se podrían rechazar principios erróneos y aceptar los correctos, sin que la comunión sea realmente espiritual. La forma en que nos reunimos debe tomar carácter de nuestro aprecio por Cristo, o no podemos disfrutar juntos de una manera inmaculada de las condiciones de nuestra "casa", ni de la tierra de nuestra posesión.

En el caso de la lepra en una casa, no tengo duda de que vemos tipificada una acción de la voluntad humana en los principios sobre los que camina unido el pueblo de Dios. Hay purificación de la contaminación de eso en el aprecio por Cristo, porque en Él vemos un principio completamente diferente de ser moral. Él vino al mundo diciendo: «He aquí que vengo (en el rollo del libro está escrito de mí) para hacer, oh, Dios, tu voluntad» (Hebreos 10:7). Al considerarlo, nos sometemos a la influencia de lo que nos purificará de la raíz oculta y sutil de toda impureza.

La madera de cedro, la escarlata y el hisopo se combinan con la sangre, el agua corriente y la avecilla viva para purificar la casa (versículo 52). Todo lo verdaderamente grande y glorioso se ve en Cristo, unido a una humildad que lo convirtió en el Siervo de todos. Dios nos ha tomado de la mano para que, mediante nuestros afectos comprometidos con Cristo, podamos obtener un concepto completamente nuevo de grandeza. La voluntad del hombre siempre busca hacer algo de sí mismo, o complacerse a sí mismo. Pero «el Cristo tampoco se agradó a sí mismo» (Romanos 15:3). Gabriel le dijo a la virgen: «Será grande», pero era la grandeza de Aquel que iba a yacer en un pesebre, sin tener dónde recostar la cabeza. Si realmente somos grandes, esto nos pondrá en el lugar más

bajo. Cuando los discípulos quisieron saber quién era el mayor en el reino de los cielos, Jesús llamó a un niño pequeño y le dijo: «Cualquiera que se humille como este niño pequeño, ése es el mayor en el reino de los cielos» (Mateo 18:1-4).

El «hisopo» sugiere la humildad de Cristo. La sabiduría de Salomón abarcó todos los árboles «desde el cedro que está en el Líbano hasta el hisopo que brota del muro» (1 Reyes 4:33). Cristo expresó toda la gama de la perfección moral y la belleza. El excelente porte y dignidad del cedro estaban allí, y la humildad del hisopo. Él podía decir verdaderamente: "No es altivo mi corazón, ni mis ojos enaltecidos" (Salmo 131:1). Y todo lo "escarlata" en Él, todo lo que lo distinguía de los demás, era de Dios; no había en ello ningún elemento de la voluntad del hombre. Cuando Pedro y los que estaban con él en el monte santo despertaron del todo, vieron Su gloria, pero era una gloria que brillaba en un Hombre de oración, que recibió todo de Dios Padre en absoluta dependencia, y no tomó gloria de Satanás ni de los hombres. Él es quien dice: "Venid a mí... aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mateo 11:28-30). No podemos albergar la idea de eso en nuestros afectos sin ser purificados de todo lo que es de la naturaleza de la lepra. Si realmente soy un niño pequeño en los brazos de Jesús, no me ofenderé fácilmente, y cuando me ofenda, estaré muy dispuesto a perdonar (véase Mateo 18). Esto introduce un espíritu que proporciona buenas condiciones de "casa".

Si ha habido piedras leprosas —que hablan de elementos que entran caracterizados por la voluntad de la carne— tienen que ser reemplazadas por rasgos que fueron característicos de Cristo. Toda grandeza, gloria o incluso humildad voluntaria que sea de la voluntad del hombre tiene que salir. Quizás esto se sugiera en el cedro, la escarlata y el hisopo que el sacerdote arrojó al fuego de la vaca roja (Números 19). El cedro, la escarlata y el hisopo van al fuego, para ser consumidos allí, y nunca más salir. Pero en Levítico 14, el cedro, el escarlata y el hisopo son sumergidos en la sangre; entran en la muerte en tipo; pero vuelven a salir para la purificación del hombre o la casa. Todo el excelente porte, distinción y humildad de Cristo fueron consagrados a la voluntad y gloria de Dios en la muerte, pero Dios los aprobó todos por resurrección. No había nada moralmente en Cristo que pudiera permanecer en la muerte, o ser retenido allí. Si yo entrara en la muerte hay mucho que nunca volvería a aparecer, y puedo decir, gracias a Dios; que no lo hará. Pero con Él no había nada que la muerte pudiera retener; cada rasgo moral que se vio en Él ha salido de la muerte para aparecer y ser perpetuado en los santos como teniendo el Espíritu de Cristo; para aparecer en un Israel sanado y purificado en un día futuro; y de hecho para dar carácter al universo moral, purificándolo de toda mancha de voluntad de la criatura. Antes del día de la purificación pública, la sangre, el agua corriente, el ave viva, la madera de cedro, el hisopo y la escarlata son los medios espirituales por los cuales la contaminación de la voluntad de la criatura puede ser limpiada, ya sea en un individuo o en lo que respecta a las condiciones de la "casa" en la que Dios establece a sus santos. Pero la purificación sólo ocurre después de la

sanidad. Si la voluntad propia ha estado activa, primero debe haber un arrepentimiento dado por Dios.

Si todo lo grande, glorioso y adecuado a Dios, y atractivo para mi corazón, como Dios lo enseñó, ha muerto aquí, ¿qué significa cualquier grandeza o distinción que pudiera atribuirme como en la carne? ¡El cordón de plata se ha soltado y el cuenco de oro se ha roto! ¿Puedo querer afirmar mi voluntad, o ser distinguido de alguna manera, en el lugar donde Cristo murió? Si deseo retener lo que es de la voluntad de la carne, no puedo tener una verdadera apreciación de Cristo, pues en Él no hay nada más que lo que es de la voluntad de Dios. Para los cristianos, no juzgar lo que es malo en sus asociaciones es muy serio. "Deja de hacer el mal: aprende a hacer el bien" es una palabra importante en este sentido. Cualesquiera que sean las condiciones de debilidad, el Señor siempre ayudará a los fieles a repudiar los principios malvados y a dar evidencia de que lo invocan con un corazón puro.

Estos capítulos (Levítico 13 y 14) tienen sin duda una aplicación a Israel, así como una relevancia presente. El pecado de María, de Giezi y de Uzías son típicos de la culpa en la que ha caído Israel, y la lepra con la que fueron heridos es una figura del estado de Israel hoy. La casa de Israel también está leprosa hoy, pero sanará en la soberanía de la misericordia de Dios, y será purificada y limpiada mediante la aplicación de todo lo tipificado en Levítico 14:51-52, e Israel morará en condiciones santas y felices en la tierra de su posesión.

CAPÍTULO 15

El "flujo" que, según este capítulo, nos vuelve impuros, representaría, creo, esas impurezas que son el resultado de lo que somos por naturaleza. En el capítulo 11 vimos instrucciones muy precisas sobre lo limpio y lo impuro en lo que se puede comer. Allí se trataba, en tipo, de lo que recibimos en nuestro ser moral. Pero el capítulo 15 nos da lo contrario: se refiere a las impurezas que salen de nosotros. Pedro pudo decir: «Jamás ha entrado en mi boca nada común ni inmundo» (Hechos 11:8), pero no pudo haber dicho que nada común ni inmundo había salido de su boca. Este capítulo sugiere la posibilidad de que algo salga de un hombre o una mujer que lo vuelva inmundo. Nos enseña que si queremos preservar la pureza moral propia del tabernáculo de Dios (versículo 31), debemos restringir las manifestaciones de lo que somos por naturaleza.

Los casos que se nos presentan aquí son obviamente menos graves que los contemplados en los capítulos 13 y 14. No hay exclusión del campamento, pero sí un llamado claro al ejercicio y a la limpieza moral. Se habla mucho de lavarse, bañarse y enjuagarse, y no es hasta que se han realizado estos ejercicios y se ha

efectuado la limpieza, que la persona que ha tenido un «flujo» puede asumir el santo privilegio en relación con el tabernáculo de Dios.

Hay muchas cosas que no son exactamente actos o acciones de voluntad pecaminosa, pero que son el resultado de lo que un hombre es por naturaleza. El fluir de aquello que debería mantenerse bajo control es contaminante. Cuando Pablo le dijo al sumo sacerdote: «Dios te herirá, pared blanqueada», probablemente era cierto, y una expresión de justa indignación, pero era muy diferente de la serena dignidad con la que el Señor habló cuando fue golpeado en el rostro. Pablo pareció percibir de inmediato, cuando se le llamó la atención, que había habido una falta de autocontrol. ¡Cuán rápido se lavó!

Algo puede ser cierto, pero puede que no sea en absoluto del Espíritu de Dios que deba expresarse. Expresarlo podría ser simplemente el fluir desenfrenado de lo que es natural. Tenemos que aprender que, si queremos conservar la libertad en lo espiritual, debemos restringir lo natural. Es una afirmación simple, pero vital. El andar cristiano normal es "conforme al Espíritu" (Romanos 8:4), y conviene cuestionar a veces lo que emana de nosotros preguntándonos si proviene del Espíritu de Dios. Si no nos limitamos en lo que expresamos naturalmente, nos encontraremos contaminados y fuera de condiciones para la santa relación que mantenemos con el tabernáculo de Dios.

Pablo pudo decir: "Por la gracia de Dios soy lo que soy" (1 Corintios 15:10). Esto contrasta con lo que él era por naturaleza. Todo nuestro comportamiento, ya sea entre nosotros o en presencia del mundo, debe ser por la gracia de Dios. "Porque nuestra jactancia es esta: el testimonio de nuestra conciencia, que con sencillez y sinceridad delante de Dios (no con sabiduría carnal, sino con la gracia de Dios), nos hemos conducido en el mundo, y mucho más con vosotros" (2 Corintios 1:12). Si todo es por la gracia de Dios, no habrá "flujo" que traiga contaminación. El andar cristiano normalmente habla y actúa por la gracia de Dios y conforme al Espíritu. "Mirad que nadie pague mal por mal, sino seguid siempre lo bueno los unos para con los otros y para con todos; estad siempre gozosos; orad sin cesar; dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús" (1 Tesalonicenses 5:15-19). Tal andar es para el hombre espiritual santa y bendita libertad. Si deseamos ser preservados de lo que responde al "flujo" de Levítico 15, debemos cultivar lo que es espiritual y conforme a Cristo, para que lo que salga de nosotros sea conforme a Dios. La gracia que conlleva la salvación nos enseña a "vivir sobria, justa y piadosamente en el estado actual de las cosas" (Tito 2:11-12). Entonces no habrá "flujo" que contamine. Una tendencia humorística, o cualquier manifestación desenfrenada del temperamento natural, podría convertirse en un "flujo".

El lavamiento, el baño y el enjuague de este capítulo sugieren una purificación que es según Dios y apropiada para su tabernáculo. El Nuevo Testamento, al hablar de la asamblea siendo purificada "por el lavamiento del agua por la palabra" (Efesios 5:26), nos da la idea de una purificación moral producida por la Palabra. La Palabra trae lo que es de Cristo para que nos apliquemos a la

eliminación de lo que es inmundo. En Juan 15:3, el Señor dice: "Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado". Su palabra lo había dado a conocer en sus corazones, y estaban limpios por tenerlo en sus afectos. La "palabra", como en Efesios 5:26, purifica al hacernos comprender el camino que Su amor tomó al entregarse por la asamblea. Todo lo que implicó Su muerte se nos aplica para purificación moral por la Palabra.

En Levítico 15, la persona que ha sido contaminada, o que ha estado en contacto con la contaminación, debe lavarse y bañarse. Debe, en figura, aplicar la Palabra a sí misma como alguien ejercitado en el temor de Dios.

Se somete a sí mismo y a su manera de vida a la acción moral y a la purificación de la Palabra. Vemos el principio de esto en el Salmo 119:9: "¿Con qué limpiaré el joven su camino? Con guardar Tu palabra". Es un favor inestimable de Dios que la Palabra esté disponible para la purificación. Hay un suministro abundante de agua, de lo que es divinamente apropiado para aplicar en la forma de purificación a cualquiera que haya sido contaminado, pero que desee ser limpio. La "palabra" tiene un poder purificador positivo, porque trae lo que es de Dios, y lo que ha sido expuesto en Cristo, para influir en aquello que ha ocasionado la contaminación. Vemos cuán inadecuadas para Dios y para Cristo son las manifestaciones desenfrenadas de lo que somos naturalmente. Son dejadas de lado por aquello que es más excelente que se manifiesta en nosotros a través de la Palabra.

Realmente no uso la "palabra" de esta manera, salvo para considerar y sopesar lo que comunica, y formarme una estimación en mi mente renovada de su excelencia. A menudo hay demasiada superficialidad en la forma en que se lee la Escritura. Nada me aprovecha que no llegue a mi alma como comunicación divina, llevándome a juzgar y desaprobando lo que es malo porque "juzgo y apruebo las cosas que son más excelentes". Esto los llevaría a ser «puros e irreprochables para el día de Cristo, completos en cuanto al fruto de justicia que es por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios» (Filipenses 1:9-11). Estos serían verdaderamente limpios.

Los siete días de purificación de este capítulo, y la ofrenda por el pecado y el holocausto del octavo día, son rasgos cuyo significado típico corresponde a lo que hemos considerado en relación con la purificación del leproso en el capítulo 14.

C. C.